

Las creencias
fundamentales
de la
Iglesia de Dios
Unida

una Asociación Internacional

Las creencias
fundamentales
de la
Iglesia de Dios Unida
una Asociación Internacional

Contenido

Dios el Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo	1
La Palabra de Dios	3
Satanás el diablo	6
La humanidad.	8
El pecado y la ley de Dios	10
El sacrificio de Jesucristo	13
Tres días y tres noches	15
El arrepentimiento	18
El bautismo por inmersión	20
El día de reposo	22
La Pascua	24
Las fiestas bíblicas	26
Las leyes de Dios acerca de los alimentos	30
El servicio militar y la guerra	33
Las promesas hechas a Abraham.	35
El propósito de Dios para la humanidad	37
La iglesia	39
El diezmo	42
Las resurrecciones	44
El regreso de Jesucristo	47

Nota: En cada sección de este folleto aparece primeramente la afirmación doctrinal que figura en la constitución de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, seguida de una explicación más amplia. Tenemos otras publicaciones, también gratuitas, que explican varios aspectos de estos temas. Usted puede solicitarlas a cualquiera de nuestras direcciones o descargarlas directamente de nuestro portal en Internet: www.ucg.org/espanol

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

©2011 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*.

Todos los derechos reservados.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Dios el Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo

Creemos en un Dios, el Padre, quien existe eternamente, quien es un Espíritu, un Ser personal de suprema inteligencia, conocimiento, amor, justicia, poder y autoridad. Él, por medio de Jesucristo, es el Creador de los cielos y la tierra y de todo lo que hay en ellos. Él es la fuente de vida y aquel para quien existe la vida humana. Creemos en un Señor, Jesucristo de Nazaret, quien es el Verbo y ha existido eternamente. Creemos que él es el Mesías, el Cristo, el Hijo divino del Dios viviente, concebido del Espíritu Santo, nacido en carne humana de la virgen María. Creemos que es por él que Dios creó todas las cosas y que sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Creemos en el Espíritu Santo, como el Espíritu de Dios y de Cristo Jesús. El Espíritu Santo es el poder de Dios y el Espíritu de vida eterna (2 Timoteo 1:7; Efesios 4:6; 1 Corintios 8:6; Juan 1:1-4; Colosenses 1:16).

Creemos que Dios es el Soberano del universo, que existe por sobre todas las cosas. Dios es Espíritu (Juan 4:24) y vive en una dimensión diferente de la de los seres humanos, que son de carne y hueso. Por lo tanto, nuestro entendimiento y percepción de Dios están basados en la revelación que Dios nos ha hecho por medio de su Palabra escrita, la Biblia.

La Biblia nos revela que Dios es el “Padre” y Jesucristo es su “Hijo”. Esta diferencia está implícita desde el comienzo de la revelación de Dios (Génesis 1:1), con el uso de la palabra hebrea *Elohim* (que es la forma plural de la voz hebrea *Eloah*, que significa “Dios”). Como podemos ver en Génesis 1:26, el uso del pronombre *nuestra* en relación con la palabra *Elohim* nos indica que siempre ha existido comunicación entre estos dos seres.

El Antiguo Testamento enfoca en el Dios de Israel, quien se identifica a sí mismo como “Yo soy” y “Jehová, el Dios . . . de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Éxodo 3:14-15; el nombre *Jehová* se deriva del vocablo hebreo *YHVH*). En Juan 8:58 Jesucristo se identifica a sí mismo como “yo soy”. El Dios que más tarde se conoció en el Nuevo Testamento como Jesucristo es el mismo Dios que liberó a los israelitas de la esclavitud en Egipto y los acompañó en su peregrinación por el desierto (1 Corintios 10:4). Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo encontramos referencias a una Divinidad compuesta por más de un ser (por ejemplo, Salmos 110:1, que se cita en Hechos 2:29-36). El Nuevo Testamento nos dice que estos seres son Dios el Padre y Jesucristo el Hijo (1 Corintios 8:6). El Hijo también es llamado Dios (Hebreos 1:8-9).

Jesucristo es llamado el “Verbo”, quien “era en el principio *con* Dios” y de quien se afirma que también “*era* Dios” (Juan 1:1-2). Él creó todas las cosas (vv. 3, 10) y más tarde se hizo hombre y habitó entre los seres humanos (Juan 1:14). También es llamado “el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:29). Los seres humanos tienen el increíble potencial y la gran oportunidad de llegar a formar parte de la familia de Dios (Romanos 8:14, 19; Juan 1:12; 1 Juan 3:1-2).

La relación entre el Verbo y el Padre está más claramente definida en el Nuevo Testamento, cuando “el Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14; Filipenses 2:5-11), reveló al Padre a sus discípulos (Mateo 11:25-27), fue sacrificado para el perdón de nuestros pecados y ha sido exaltado nuevamente por el Padre (Juan 17:5).

El Nuevo Testamento destaca la unidad que existe entre el “Padre” y el “Hijo”; no obstante, en numerosos pasajes distingue claramente entre los dos (por ejemplo, en Juan 20:17; Romanos 15:6). En Hebreos podemos ver que Dios hizo el universo por medio de Jesucristo (Hebreos 1:1-3). La relación que existe entre el Padre y el Hijo demuestra claramente el camino y el sistema de vida de Dios. El Padre siempre ha amado al Hijo, y el Hijo siempre ha amado al Padre (Juan 17:4, 20-26). La armonía entre el Padre y el Hijo es una perfecta unidad de mente y propósito. Esta misma armonía es la que Jesucristo le pidió a su Padre que creara entre sus discípulos, él mismo y el Padre (vv. 20-23).

Cuando en la Biblia aparece la palabra *Dios*, puede referirse al Padre (por ejemplo, Hechos 13:33 y Gálatas 4:6), a Jesucristo el Hijo (Isaías 9:6; Juan 1:1, 14) o a ambos (Romanos 8:9), según el contexto de los versículos.

El poder y la mente que provienen de Dios son llamados el Espíritu de Dios o el Espíritu Santo (Isaías 11:2; Lucas 1:35; Hechos 1:8; 10:38; 2 Corintios 1:22; 2 Timoteo 1:7). El Espíritu Santo de Dios no es identificado como la tercera persona de una trinidad, sino que aparece frecuentemente descrito como el poder de Dios. El Espíritu Santo le es dado al hombre después del arrepentimiento y el bautismo (Hechos 2:38) como las arras de la vida eterna (2 Corintios 1:22; Efesios 1:13-14).

Dios desea que lo conozcamos para que aprendamos a confiar en él y a amarlo. Podemos aprender mucho acerca de él por medio de los nombres que ha revelado a los seres humanos con los cuales ha trabajado a lo largo de las edades. Estos nombres nos revelan que Dios tiene suprema inteligencia, poder, gloria y sabiduría; que en él se resume toda la justicia, perfección y verdad; que posee los cielos y la tierra; y que es inmortal y digno de todo honor y gloria. Dios es nuestro proveedor, sanador, escudo, defensa, consejero, maestro, legislador, juez, fortaleza y salvación. Él es fiel, misericordioso, generoso, paciente, tierno, justo y compasivo. Dios escucha nuestras oraciones, hace un pacto con nosotros, es nuestro refugio en tiempos de dificultad, nos da conocimiento y quiere darnos la inmortalidad para que podamos compartir la vida eterna con él.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *El supremo interrogante: ¿Existe Dios?*)

La Palabra de Dios

Creemos que las Escrituras, tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo, son la revelación de Dios y la totalidad de su voluntad expresada a la humanidad. Las Escrituras son inspiradas en pensamiento y palabra, son infalibles en los escritos originales, son la autoridad suprema y final en la fe y en la vida, y son el fundamento de toda verdad (2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1:20-21; Juan 10:35; 17:17)

Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo nos revelan el plan de salvación que Dios tiene para el hombre y su desenvolvimiento a lo largo

de la historia. En toda la Biblia encontramos el relato de las intervenciones misericordiosas que Dios ha realizado con el fin de salvar a la humanidad y otorgarle vida eterna en su familia. En los libros que componen la Biblia podemos encontrar diferencias según la personalidad, el estilo y el vocabulario del autor. Pero al momento de escribir, todos lo hicieron inspirados por el Espíritu Santo (2 Pedro 1:21). De esta manera, Dios dirigió e influyó en la mente de sus siervos para que escribieran los libros que hoy conocemos como la Palabra de Dios, permitiéndoles hacerlo en su propio estilo.

Las Sagradas Escrituras son la única fuente de conocimiento y de verdad que Jesús y sus apóstoles usaron para enseñar el camino de la salvación de Dios. Pero por sobre todo, Jesucristo demostró con su ejemplo de obediencia que las Escrituras son la máxima autoridad en la vida de un cristiano. Al enfrentar con éxito a Satanás, Cristo dijo: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino *de toda palabra* que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4; Lucas 4:4; Deuteronomio 8:3). En su batalla contra el máximo adversario, el diablo, Cristo citó también otros pasajes (Mateo 4:7, 10).

Cuando Cristo comenzó su ministerio aquí en la tierra, empezó leyendo las Escrituras y afirmando: “Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros” (Lucas 4:16-21). En Juan 10:35 Cristo proclamó que “la Escritura no puede ser quebrantada”. Siempre citó las Escrituras, considerándolas como una fuente autorizada y valedera en su vida (Juan 7:38, 42). Nada hizo que Jesús perdiera esta perspectiva, ni siquiera el hecho de haber sido traicionado y condenado a la crucifixión (Juan 13:18; 17:12; 19:28; Mateo 27:46; Salmos 22:1; Lucas 23:46; Salmos 31:5).

Los apóstoles siguieron el ejemplo de Cristo. Fueron las Escrituras las que definieron el meollo de la fe, la doctrina y la conducta cristianas. Cuando Jesucristo resucitó, reafirmó toda la instrucción que les había dado a sus discípulos y “. . . les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras” (Lucas 24:32; 44-45). Fue por medio de las Escrituras que se hacían discípulos en todas las naciones, como nos lo confirma el ejemplo del eunuco etíope (Hechos 8:26-35).

Pablo, el apóstol a las naciones, frecuentemente se apoyaba en la autoridad de las Escrituras para hacer preguntas tales como: “¿Qué dice la Escritura?” (Romanos 4:3; 11:2; Gálatas 4:30). En otros pasajes Pablo confirmó esa autoridad al decir: “Pues la Escritura dice . . .” o expresiones parecidas (Romanos 10:11; Gálatas 3:8, 22; 1 Timoteo 5:18). Es evidente

que tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo fueron escritos no sólo para los cristianos judíos sino también para los cristianos gentiles.

Entre el Antiguo Testamento y el Nuevo existe una marcada continuidad (Mateo 4:4; 2 Timoteo 3:15-16). El Nuevo Testamento se basa en el Antiguo y lo amplifica (Mateo 5-7). La historia comprueba que las únicas Escrituras que existían en la época de Cristo y las primeras décadas de los apóstoles, eran las del Antiguo Testamento.

Una de las características principales del pueblo de Dios es que lee, escucha y practica la Palabra de Dios (Lucas 8:21; 11:28). La Palabra de Dios es el fundamento de la fe (Romanos 10:17; Colosenses 3:16). Dios espera que su pueblo estudie su Palabra constante y diligentemente, con el propósito de aprender, entender y poder mantenerse sin mancha y sin contaminación del mundo (Hechos 17:11; Efesios 6:17; 1 Juan 2:14; Salmos 119:9). A medida que interiorizamos la Palabra de Dios, aprendemos a defender mejor nuestra fe (1 Pedro 3:15). Las Sagradas Escrituras pueden hacernos “sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15).

La Biblia es la palabra viva que siempre podemos aplicar en las diferentes situaciones de la vida diaria (Hebreos 4:12). Estando en prisión, el apóstol Pablo le recordó a Timoteo que a él lo podían apresar, pero no así la Palabra de Dios (2 Timoteo 2:8-9).

La Iglesia de Dios obedece el mandato bíblico de depender de la Palabra de Dios en su búsqueda de la verdad. Como nos lo dice muy claramente 2 Timoteo 3:16, la inspirada Palabra de Dios es la base de la doctrina, refuta los errores, corrige e instruye. La verdad de la Biblia no solamente enseña y edifica al pueblo de Dios, sino que también santifica y aparta a su iglesia (Juan 17:17). La Biblia es un recurso fundamental en la relación que Dios tiene con su iglesia, “para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26).

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar los folletos gratuitos *¿Se puede confiar en la Biblia?* y *Cómo entender la Biblia.*)

Satanás el diablo

Creemos que Satanás es un ser espiritual que es el adversario de Dios y de los hijos de Dios. Satanás ha recibido dominio sobre el mundo por cierto espacio de tiempo. Satanás ha engañado a la humanidad haciéndola rechazar a Dios y su ley. Satanás ha reinado mediante el engaño con la ayuda de las huestes de demonios que son ángeles rebeldes, seres espirituales, quienes siguieron a Satanás en su rebeldía (Mateo 4:1-11; Lucas 8:12; 2 Timoteo 2:26; Juan 12:31; 16:11; Apocalipsis 12:4, 9; 20:1-3, 7, 10; Levítico 16:21-22; 2 Corintios 4:4; 11:14; Efesios 2:2).

Satanás es el adversario de Dios, como lo demuestra el significado de su nombre tanto en griego como en hebreo. Se opone continuamente a Dios en cuanta oportunidad se le presenta. Desprecia el plan de Dios, en especial lo que Dios está haciendo para llevar a los seres humanos a formar parte de su familia. Por consiguiente, detesta a la humanidad. Es el engañador y el acusador de los hermanos (Apocalipsis 12:9-10). Es asesino y mentiroso y padre de toda mentira (Juan 8:44). Es descrito como un león rugiente que busca a quien devorar (1 Pedro 5:8).

Satanás no es un rival común y corriente. Es un adversario sumamente astuto e ingenioso, dispuesto a cualquier cosa con tal de lograr su meta de engañar a la humanidad, seduciéndola para que peque y se vuelva en contra de Dios, y de esta manera pierda la salvación que Dios tiene dispuesta para ella (Efesios 6:11-18; 2 Corintios 2:11; Lucas 8:12).

Satanás sólo puede hacer lo que Dios le permite (Job 1:12; 2:6). El relato de Job nos demuestra la actitud acusatoria de Satanás y claramente lo describe como un ser literal, con una personalidad bien definida. Cuando vino con el propósito de tentar a Jesucristo, se le presentó como un ser real (Mateo 4:1-11). Su reinado como rey de este mundo terminará cuando suene la última trompeta y Cristo regrese (1 Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses

4:16; Apocalipsis 11:15), aunque hacia el final del Milenio será soltado por un poco de tiempo (Apocalipsis 20:3).

De la misma forma en que sus acciones están limitadas por la voluntad de Dios, el tiempo en que podrá actuar también será restringido. Actualmente, es “el dios de este siglo” (2 Corintios 4:4; Juan 12:31). Será depuesto y restringido en la época del reinado milenar de Cristo; luego, hacia el final de los mil años, será liberado por un corto período (Apocalipsis 20:1-3, 7-8). Satanás no dejará de existir, pero el Mesías le quitará toda autoridad “para anular . . . el poder de aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, el diablo” (Hebreos 2:14, Biblia de las Américas). El significado más frecuente de la palabra traducida como “destruir” en este versículo es “derrotar” o “inutilizar”.

Satanás fue creado como un ángel de muy alto rango y autoridad (Ezequiel 28:14, 16). En Isaías 14:12 es llamado “Lucero, hijo de la mañana” o “lucero de la mañana, hijo de la aurora” (Biblia de las Américas). Es llamado “querubín ungido”, y parece que fue investido con un rango cuando menos igual al del arcángel Miguel (Judas 9). Satanás fue creado perfecto y sin mancha, pero más tarde escogió el camino del pecado y de la rebelión (Ezequiel 28:12, 15, 17). Según el testimonio de Jesucristo, esta sublevación fue apoyada por una tercera parte de los ángeles, que lo siguieron en su levantamiento (Apocalipsis 12:4; Lucas 10:18). Él y los ángeles rebeldes (los demonios) trataron de derrocar a Dios y fueron derrotados y expulsados de su presencia (Isaías 14:12-15; 2 Pedro 2:4). El reino de Satanás está caracterizado por las tinieblas y no por la luz (Lucas 22:53; Efesios 6:12; Colosenses 1:13).

En ciertas circunstancias, el diablo y sus demonios pueden apoderarse de y gobernar a los seres humanos y también a los animales (Mateo 8:28-33; 9:32-34). Satanás mismo se apoderó del traidor Judas (Lucas 22:3). Cristo, con una autoridad mayor que la de Satanás, durante su ministerio aquí en la tierra expulsó demonios y les ha dado a otros el poder para hacer lo mismo (Marcos 16:17).

Para describir a Satanás se usan diferentes nombres que nos permiten conocer sus acciones perversas, sus características y su modo de proceder. Algunos de estos nombres son: Apolión, Abadón, Belial, Beelzebú, el gran dragón y el príncipe del poder del aire.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *¿Existe realmente el diablo?*)

La humanidad

Creemos que la humanidad fue creada a imagen de Dios con el potencial de convertirse en hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina. Dios formó a la humanidad de carne, que es sustancia material. Los seres humanos viven por el aliento de vida, son mortales, sujetos a corrupción y descomposición, carentes de vida eterna salvo como don de Dios dentro de los términos y condiciones de Dios tal como se expresan en la Biblia. Creemos que Dios puso ante Adán y Eva la opción de la vida eterna por obediencia a Dios, o muerte por el pecado. Adán y Eva cedieron a la tentación y desobedecieron a Dios. Como resultado, el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte. Ahora la muerte reina sobre toda la humanidad porque todos han pecado (Génesis 1:26; 2 Pedro 1:4; Hebreos 9:27; 1 Corintios 15:22; Romanos 5:12; 6:23).

El primer capítulo de la Santa Biblia nos revela que Dios creó al hombre y a la mujer a su propia imagen (Génesis 1:26-27). La humanidad ha sido creada con un potencial verdaderamente asombroso, ya que el futuro de los seres humanos es el de llegar a ser hijos en la familia de Dios (1 Juan 3:1-2; 2 Pedro 1:4; 2 Corintios 6:18).

El carácter del omnipotente Dios es perfecto. Él es intrínsecamente bueno y no puede pecar. Aunque Dios es todopoderoso, no crea un carácter perfecto en los seres humanos por simple mandato divino. El desarrollo del carácter requiere de la decisión consciente de un ser libre, que elija conducir su vida de acuerdo con el conocimiento de lo que es moralmente bueno y lo que es moralmente malo. También exige que escoja el bien y que rechace el mal.

Cuando Adán y Eva, nuestros primeros padres, fueron creados, recibieron una existencia física de duración limitada. “Entonces El Eterno Dios

formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7). La palabra hebrea *nefesh*, traducida como “ser viviente” en Génesis 2:7, es usada en cuatro ocasiones en el primer capítulo del Génesis en relación con animales (Génesis 1:20, 21, 24, 30); y es traducida como “persona” en la frase “persona muerta” de Números 6:6. Más tarde, Dios le dijo al primer hombre: “Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás” (Génesis 3:19).

El libro bíblico de la sabiduría que se conoce como Eclesiastés nos exhorta: “Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría” (Eclesiastés 9:10). Los seres humanos son mortales, sujetos a la corrupción y descomposición. Los seres humanos no poseen inmortalidad en forma de “alma”. Carecen de vida eterna. Una de las oraciones que encontramos en la Biblia dice así: “¿Qué provecho hay en mi muerte cuando descienda a la sepultura? ¿Te alabará el polvo? ¿Anunciará tu verdad?” (Salmos 30:9).

Dios desea dar a cada ser humano el don de la vida eterna y hacerlo miembro de su familia. La vida eterna no es algo que uno pueda ganarse. Sin embargo, Dios no dará la vida eterna a nadie que no se someta a él y a su ley (1 Corintios 6:9-10). En la Biblia, la vida eterna dentro de la familia de Dios es llamada *salvación*. Según lo que Dios nos revela por medio de las Escrituras divinamente inspiradas, la salvación no es algo que van a alcanzar automáticamente todos los seres humanos. Él la otorgará sólo a quienes hayan demostrado que están dispuestos a obedecerle (Apocalipsis 21:7-8).

Dios no tiene ninguna obligación de preservarnos como sus hijos por la eternidad, disfrutando de la vida en el mundo espiritual, pero sabemos que Dios es amor (1 Juan 4:8). Así, sin ningún asomo de egoísmo y en un acto lleno de amor hacia nosotros, él ha formulado un plan mediante el cual los seres humanos pueden recibir la salvación, la máxima bendición posible que un Creador amoroso puede darnos (Lucas 12:32).

Cuando Dios creó a los primeros seres humanos, Adán y Eva, les dio acceso al árbol de la vida, símbolo de la vida eterna (Génesis 2:9; 3:22). Les advirtió que no comieran del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, que simbolizaba la decisión del ser humano de determinar por sí mismo, sin tener en cuenta a Dios, qué era bueno y qué era malo. Les

enseñó que no debían desobedecer sus instrucciones reveladas, y que si lo hacían cometerían pecado (Génesis 2:9, 16-17). El pecado conduce a la muerte (v. 17; Ezequiel 18:4, 20; Romanos 6:23). Todo pecado que comete una persona es un acto que deteriora su carácter. El pecado daña a la persona y a la sociedad en general.

Adán y Eva tenían libre albedrío, pero bajo la influencia de Satanás desobedecieron el mandato específico que Dios les había dado (Génesis 3:1-6). Los primeros seres humanos comenzaron a vivir de una manera contraria a la voluntad de su bondadoso Creador; se acarrearón la pena de muerte, acerca de la cual Dios les había advertido anteriormente. Ningún ser humano ha vivido una vida sin pecado, excepto Jesucristo, el Hijo de Dios (Eclesiastés 7:20; Hebreos 4:15). A pesar del pecado de los seres humanos, el plan maestro de Dios no ha sido frustrado. En su supremo conocimiento y sabiduría, Dios ha provisto los medios necesarios para que los seres humanos puedan reconciliarse con él (Juan 3:16-17). Los seres humanos todavía pueden desarrollar el carácter santo que se requiere para poder recibir el maravilloso don de la vida eterna como hijos de Dios (1 Corintios 15:22; Gálatas 2:20). Sin el rescate proveniente de Dios, la muerte se enseñorea de toda la humanidad, porque todos han pecado (Romanos 3:23).

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Nuestro asombroso potencial humano*.)

El pecado y la ley de Dios

Creemos que el pecado es infracción de la ley. La ley es espiritual, perfecta, santa, justa y buena. La ley define el amor de Dios y se basa en los dos grandes principios de amor a Dios y amor al prójimo, y es inmutable y obligatoria. Los Diez Mandamientos son los 10 puntos de la ley divina del amor. Creemos que quebrantar cualquier punto de la ley trae sobre la persona la pena del pecado. Creemos que esta ley espiritual fundamental revela el único camino a la vida verdadera y el único camino posible a la dicha, la paz y la alegría. Toda desdicha, miseria, angustia y

pena ha venido de la transgresión de la ley de Dios (1 Juan 3:4; 5:3; Mateo 5:17-19; 19:17-19; 22:37-40; Santiago 2:10-11; Romanos 2:5-9; 7:12-14; 13:8-10).

Nosotros creemos que Dios ha creado al hombre con el propósito de que llegue a ser parte de su familia, reciba la inmortalidad y viva en armonía con él y con sus semejantes por la eternidad (Hebreos 2:6-13). Para poder disfrutar de la eternidad junto a Dios, debemos compartir también su forma de pensar, estar de acuerdo con su perspectiva, seguir su camino de vida, y apreciar y preservar los principios que están expresados en su ley (Filipenses 2:5-13). En las Sagradas Escrituras, que son la revelación escrita de Dios a la humanidad, él nos revela el conocimiento esencial que necesitamos, por medio de sus leyes y enseñanzas (2 Timoteo 3:15-17). Esto establece los cimientos de la relación eterna que Dios desea tener con nosotros. De ahí que sea imperativo que cualquiera que desee tener esa clase de relación con Dios obedezca las directrices de la ley de Dios tal como están reveladas en su Palabra.

El pecado, que es la transgresión de la ley, entró en la humanidad en el huerto del Edén. Satanás les mintió a Adán y a Eva respecto al árbol del conocimiento del bien y del mal (Génesis 3:4; Juan 8:44). Contrariamente a la engañosa predicción de Satanás, Adán y Eva sí murieron. Como descendientes de ellos, todos somos mortales (Hebreos 9:27). No es una coincidencia que la presencia universal del pecado en todos los seres humanos (Romanos 3:23) esté relacionada con la muerte y con el hecho de que Dios ha retenido su don de la vida eterna (Romanos 6:23).

La forma en que el pecado se extiende se demuestra claramente en la tendencia generalizada que tienen los seres humanos de hacer caso omiso de la ley de Dios y desobedecerla (Romanos 8:7). A menudo, el autoengaño es una característica que comparten aquellos que se apartan del camino perfecto de Dios (Jeremías 17:9; 10:23). La influencia de Satanás se distingue claramente, tanto directa (Efesios 2:1-3) como indirectamente por el comportamiento de aquellos a quienes engaña (2 Corintios 11:13-15).

Después de convertirse en el enemigo de Dios debido a su rebelión, Satanás ha ido reclutando encubiertamente a toda la humanidad en su propia batalla, ya que todo pecado, además de las consecuencias que trae para los seres humanos, es por definición algo contrario a Dios (Génesis 39:9; Salmos 51:4).

La violación de cualquier instrucción de Dios es pecado (1 Juan 5:17), pero también podemos pecar cuando no hacemos lo que sabemos es correcto (Santiago 4:17) y cuando actuamos en contra de nuestra conciencia (Romanos 14:23). Además, el pecado es una fuerza que nos esclaviza y de la cual necesitamos ser liberados y redimidos (Romanos 7:23-25). Nosotros no podemos liberarnos por nuestros propios medios (1 Pedro 1:18-19). Debido a que cualquier forma de pecado nos aleja de Dios (Isaías 59:1-3; Efesios 4:17-19) y finalmente produce la muerte, no importa cuánto obedezcamos después de haber caído en transgresión, ya no podemos eliminar sus consecuencias (aunque la obediencia es un requisito que Dios espera que cumplamos). Solamente el sacrificio perfecto de Jesucristo puede liberarnos (Hebreos 2:14-15) y reconciliarnos con Dios.

La gracia de Dios nos permite obtener el perdón de nuestros pecados (Romanos 3:24), y así el cristiano encuentra libertad por medio de la obediencia a la ley de Dios (Santiago 1:21-25). En lugar de ser esclavos del pecado debido a la desobediencia, servimos a Dios obedeciéndole y siguiendo su camino, lo que lleva a la vida eterna en su reino. Esto se nos ofrece como una dádiva generosa e inmerecida (Romanos 6:16-23).

A los ojos de Dios es muy grave volver a nuestra antigua vida pecaminosa (2 Pedro 2:20-22). Sin embargo, el único pecado que no puede ser perdonado es el rechazo voluntario del sacrificio de Jesucristo, por el cual se hace posible el perdón de los pecados (Hebreos 6:4-6). Este pecado es descrito por Cristo como “la blasfemia contra el Espíritu Santo” (Mateo 12:31); es el rechazo deliberado y consciente del poder y la autoridad de Dios. Después de que todos los seres humanos hayan recibido la oportunidad de ser salvos, aquellos que no hayan querido arrepentirse serán destruidos (Apocalipsis 20:14-15); así se cumplirá el castigo por el pecado, la segunda muerte.

Aunque cada persona debe responder por su propio pecado (Ezequiel 18:4, 20), Satanás el diablo es identificado como el engañador de la humanidad, el verdadero responsable de que ésta haya seguido el camino del pecado (Apocalipsis 12:9; 20:1-3).

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Los Diez Mandamientos*.)

El sacrificio de Jesucristo

Creemos que Dios amó tanto a este mundo de débiles pecadores que dio a su Hijo unigénito, quien fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero vivió sin pecado en carne humana. Ese Hijo, Jesucristo, murió como sacrificio por los pecados de la humanidad. Su vida, por tratarse del Creador de toda la humanidad, tiene más valor que la suma de toda vida humana. Por tanto, su muerte es suficiente para pagar la pena de los pecados de todo ser humano. Al pagar esta pena, hizo posible, conforme al plan de Dios, que se perdonaran los pecados de cada persona y de la humanidad en general, y que éstas fueran libradas de la pena de muerte (Hebreos 4:15; 9:15; 10:12; Juan 1:18; 3:16; Colosenses 1:16-17, 22; 1 Juan 2:2; 4:10; Efesios 1:11; Apocalipsis 13:8).

Jesucristo es el punto central del cristianismo. El perdón de los pecados y el don de la vida eterna son posibles únicamente por medio de su sacrificio. Somos reconciliados por su muerte, pero salvos por su vida (Romanos 5:10). Las Escrituras describen a Jesucristo mediante varios títulos, a saber: el Verbo (Juan 1:1), nuestro Salvador (1 Juan 4:14), nuestro sumo sacerdote (Hebreos 9:11), nuestro Señor (Apocalipsis 22:21), el Hijo de Dios (Apocalipsis 2:18; 1 Juan 5:5), nuestra pascua (1 Corintios 5:7), el Hijo del Hombre (Apocalipsis 14:14) y Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 19:16).

Cristo es nuestro Salvador y el sacrificio por nuestros pecados. Aunque era divino, se convirtió en ser humano a fin de morir por los pecados de la humanidad (Filipenses 2:5-7). Fue hecho un poco menor que los ángeles para sufrir la muerte (Hebreos 2:9). Como el Hijo del Hombre, pudo experimentar las pruebas de la vida humana (Hebreos 4:15) para poder entendernos mejor como nuestro misericordioso sumo sacerdote (Hebreos 2:17).

Cristo fue nuestro Salvador y dio su vida para que nosotros pudiéramos vivir. Sufrió una muerte horrenda como nuestra Pascua, a fin de que pudiéramos entender la magnitud del pecado y la suprema importancia de su sacrificio, que él hizo por cada ser humano.

Jesús vivió una vida perfecta y por lo tanto no merecía la pena capital. Sin embargo, su muerte estaba predestinada desde la fundación del mundo (Apocalipsis 13:8). Aunque Jesucristo fue acusado en varias ocasiones de quebrantar la ley de Dios, nunca violó ningún mandamiento y fue el sacrificio perfecto. Aceptamos su sacrificio como algo imprescindible para nuestra salvación. A medida que nuestra vida se va asemejando más a la de Jesucristo, nosotros “tomamos nuestra cruz” y lo seguimos a él (Lucas 14:27), lo que significa que estamos dispuestos a sufrir y a ser perseguidos por seguir su ejemplo (1 Pedro 2:19-23). Estamos profundamente agradecidos con Dios el Padre, porque dio a su Hijo como el sacrificio perfecto por toda la humanidad (Juan 3:16).

Todos los pecados les son perdonados a quienes se arrepienten verdaderamente y aceptan el sacrificio de Cristo. Para el perdón de los pecados se requiere el supremo sacrificio: la muerte de Jesucristo. Su crucifixión, ocurrida hace más de 1.900 años, era absolutamente esencial en el plan divino de salvación y redención.

Al entender esta doctrina fundamental podemos estar seguros de que nuestros pecados han sido perdonados. Podemos proseguir nuestra vida cristiana con la confianza de que por medio del sacrificio de Jesucristo podemos ser reconciliados con el Padre. Como resultado de esta reconciliación, podemos desarrollar una relación con nuestro Padre que nos infunde confianza y esperanza en nuestro futuro. Podemos esperar la vida eterna en el Reino de Dios, que nos será dada por su gracia como resultado del sacrificio que Jesucristo realizó voluntariamente por cada uno de nosotros.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios: Esperanza segura para la humanidad.*)

Tres días y tres noches

Creemos que el Padre levantó a Jesucristo de la muerte después que su cuerpo hubo permanecido tres días y tres noches en el sepulcro, haciendo así posible la inmortalidad para el hombre mortal. Luego ascendió al cielo, donde ahora está sentado a la diestra de Dios Padre como nuestro Sumo Sacerdote y Abogado (1 Pedro 1:17-21; 3:22; Mateo 12:40; 1 Corintios 15:53; 2 Timoteo 1:10; Juan 20:17; Hebreos 8:1; 12:2).

Uno de los acontecimientos más dramáticos, alentadores y esperanzadores de todos los tiempos fue la resurrección de Jesucristo. Dios el Padre resucitó a su único Hijo, Jesucristo, quien había sido crucificado y sepultado en una tumba en las afueras de Jerusalén. Su muerte, permitida por su Padre y aceptada voluntariamente por Jesús (Juan 10:17-18), pagó la pena por los pecados de todos los seres humanos que habrán vivido alguna vez, con la condición de que se arrepientan verdaderamente de esos pecados. Su muerte estaba predestinada por el Padre y el Verbo desde la fundación del mundo como un requisito necesario para la salvación de la humanidad (1 Pedro 1:20).

De esta manera Dios, en su soberana justicia, misericordia y amor, hizo posible que a todos los seres humanos les sean perdonados sus pecados (si demuestran arrepentimiento y fe) y que por medio de la sangre de Cristo como el Cordero de Dios sean reconciliados con él (Mateo 26:28; Apocalipsis 12:11). Pero la muerte de Cristo no fue el fin de todo. Somos reconciliados con Dios por medio de la muerte de Jesús, pero salvos por su vida (Romanos 5:10).

Solamente por medio de la resurrección de Cristo a la inmortalidad podemos tener un Salvador viviente quien, como Sumo Sacerdote, intercede por nosotros ante el Padre (1 Timoteo 2:5; Hebreos 4:15-16; Romanos 8:26-27). La principal razón que tenemos para creer en el evangelio del

Reino de Dios y en que podemos ser salvos de la muerte eterna es el hecho de que Jesucristo fue levantado de entre los muertos (1 Corintios 15:14-19). Su resurrección es la base de la esperanza que los seres humanos tenemos de poder recibir la vida eterna (1 Pedro 1:3).

Jesús ofreció a los de su generación tanto el hecho como los detalles de su resurrección como la única señal divina de que él era “más que Jonás” y “más que Salomón” y que su mensaje debería conducir a sus oyentes al arrepentimiento (Mateo 12:39-42). Dijo que de la misma forma en que Jonás había estado tres días y tres noches en el vientre del gran pez (Jonás 1:17), él estaría tres días y tres noches —un período de 72 horas (Juan 11:9-10; Génesis 1:5)— en el corazón de la tierra (la tumba). En otro pasaje también afirmó que debería “ser muerto, y resucitar después de tres días” (Marcos 8:31).

El problema que se presenta con la creencia más comúnmente aceptada acerca de la crucifixión y la resurrección, es que no hay tres días y tres noches entre el viernes por la tarde y el domingo por la mañana. Nosotros creemos que el peso de las pruebas bíblicas e históricas nos lleva a la conclusión de que Jesús murió el miércoles por la tarde, fue sepultado apresuradamente en la tumba de José de Arimatea esa misma tarde antes de la puesta del sol (que era la víspera de un sábado anual, el primer día de los Panes sin Levadura; Juan 19:30-31, 42; Marcos 15:42-46) y fue resucitado por el Padre poco antes de la caída del sol el día sábado, exactamente tres días y tres noches después de haber sido sepultado, tal como lo había dicho.

Esta explicación concuerda con los detalles que encontramos en las Escrituras. No es necesario esforzarse para encajar apretadamente tres días y tres noches entre el viernes por la tarde y el domingo por la mañana con base en especulaciones acerca de partes de días y de noches. Armoniza los relatos de las mujeres que compraron especias aromáticas, que se encuentran en Marcos 16:1 y Lucas 23:56. En el primer pasaje, las mujeres piadosas descansaron fielmente durante el día sagrado y después fueron en busca de las especias. En el segundo relato, las mujeres prepararon las especias y luego descansaron durante otro día santo.

Estos relatos armonizan si entendemos que durante la semana que estamos estudiando hubo dos días de fiesta. Jesús fue sacrificado en la Pascua (Mateo 26:18-20; 1 Corintios 5:7), que era el día de la preparación (Marcos 15:42) para el primer día sagrado anual del calendario judío, el primer día de Panes sin Levadura. Las mujeres esperaron a que este día terminara y enton-

ces compraron las especias y las prepararon; descansaron nuevamente en el sábado semanal de Dios, y después, el domingo muy temprano, fueron hasta la tumba de Jesús con el propósito de ungirlo con las especias.

Ellas visitaron la tumba después de los dos días santos de esa semana (la palabra *sábado* en el griego original de Mateo 28:1 debe ser traducida en plural). El sábado anual (los días de fiesta anuales también se llaman “sábados” [Levítico 16:31; 23:24]) se celebró un jueves, y después celebraron el día de reposo semanal. Cuando ellas llegaron al sepulcro el domingo bien temprano, lo encontraron vacío y el ángel les anunció que Jesús había resucitado y ya no estaba allí (Marcos 16:6).

Contamos con suficientes pruebas históricas y bíblicas para afirmar que la crucifixión y resurrección de Cristo ocurrieron en el año 31 d.C. Entre esas pruebas están el cumplimiento de la profecía de Daniel concierne a la venida del Mesías (Daniel 9:24-26; Esdras 7 [el decreto de Artajerjes] y el análisis cuidadoso de tres acontecimientos fundamentales, a saber: la fecha probable del nacimiento de Jesús, la edad a la cual comenzó su ministerio y la duración de su ministerio.

Según el calendario calculado de los judíos, la Pascua del año 31 d.C. ocurrió un miércoles, y la muerte de Jesucristo en ese día cumplió su papel como el verdadero Cordero Pascual de Dios (1 Corintios 5:7). El día siguiente, es decir el jueves, era un sábado (día santo) anual (Juan 19:31). Ese jueves los principales sacerdotes y los fariseos fueron ante Pilato a pedirle permiso para sellar y cuidar la tumba de Jesús (Mateo 27:62-66). Más tarde, el domingo, Jesús resucitado caminó por el sendero de Emaús y habló con dos de sus discípulos, quienes le comentaron sobre todas las cosas que habían acontecido, incluso la visita que los dirigentes hicieron a Pilato el jueves (Lucas 24:13-14, 20). Mencionaron que ese día, el domingo, era el tercer día que todas esas cosas habían acontecido (v. 21).

En resumen, nosotros creemos que Jesucristo, el Cordero de Dios, murió por nuestros pecados en la Pascua, permaneció sepultado tres días y tres noches (72 horas), y después resucitó. Luego, después de tener contacto con los discípulos durante algún tiempo, ascendió al cielo para sentarse a la diestra del Padre, muy por arriba de todos los demás en poder, gloria y honor (Efesios 1:19-23).

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios: Esperanza segura para la humanidad.*)

El arrepentimiento

Creemos que todos los que se arrepienten de sus pecados en total entrega y obediencia voluntaria a Dios, y que con fe aceptan a Jesucristo como su Salvador personal, reciben perdón de sus pecados por un acto de gracia divina. Tales individuos son justificados, perdonados de la pena del pecado y reciben el don del Espíritu Santo, que literalmente mora dentro de ellos y les proporciona el amor divino, lo único que puede cumplir la ley y producir justicia. Son bautizados por el Espíritu en el Cuerpo de Cristo, que es la verdadera Iglesia de Dios. Creemos en un verdadero cambio de vida y actitud. Solamente los que tienen la presencia interior del Espíritu Santo y son guiados por el mismo, son de Cristo (Hechos 2:38; 3:19; 5:29-32; 2 Corintios 7:10; Juan 3:16; Efesios 1:7; 2:7-9; Romanos 3:21-26; 5:5; 6:6; 8:4, 9-10, 14; 13:10; Jeremías 33:8; Juan 14:16-17; 1 Corintios 12:12-13; Filipenses 2:3-5).

El arrepentimiento de las obras muertas aparece en Hebreos 6:1 como parte del fundamento que nos lleva a la perfección y a la vida eterna. Jesús recalcó la importancia del arrepentimiento cuando en dos ocasiones afirmó que “si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente” (Lucas 13:3, 5). Dios requiere que todos se arrepientan (Hechos 17:30; 2 Pedro 3:9).

En el primer sermón de que se tiene conocimiento en tiempos de la iglesia del Nuevo Testamento, Pedro exhortó a sus oyentes a que se arrepintieran (Hechos 2:38). El arrepentimiento va más allá de sentir pesar y remordimiento por las acciones del pasado (2 Corintios 7:8-11). El verdadero arrepentimiento implica el reconocimiento de que nuestra naturaleza se opone a Dios (Romanos 8:7). Esto exige una transformación, un giro completo de nuestra vida, un cambio en el que dejamos de seguir el camino del mundo para seguir el camino de Dios (Isaías 55:7-8; Hechos 26:20). Es

un sometimiento total y una obediencia voluntaria, basados en el conocimiento de la forma en que Dios quiere que vivamos nuestra vida.

El arrepentimiento comienza con nuestra súplica para que Dios perdone nuestros pecados y la aceptación de Jesucristo como nuestro Salvador personal. No es una decisión basada únicamente en las emociones, aunque éstas desempeñan un papel importante (Hechos 2:37), sino que es una decisión de obedecer sinceramente a Dios por la fe en Jesucristo. Por medio de la fe en Jesucristo, su justicia se convierte en nuestra justicia (Filipenses 3:8-9; Romanos 8:1-4). El arrepentimiento no es una simple conformidad con un sistema religioso o cierto código de leyes. La confianza en Dios y sus caminos nos lleva a vivir de acuerdo con su voluntad y manifestarlo por medio de obras de justicia (Santiago 2:17-26). El verdadero arrepentimiento no es algo que la persona pueda originar por su propia fuerza. Es un don de Dios (2 Timoteo 2:25), una de las cosas buenas que nos da nuestro Padre celestial (Santiago 1:17). Él es quien nos guía al arrepentimiento (Romanos 2:4).

El arrepentimiento es uno de los aspectos principales en el proceso de conversión, y Pedro lo expresó muy bien en su primer sermón: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:38). Debemos arrepentirnos del pecado, que es la transgresión de la ley de Dios (1 Juan 3:4). El arrepentimiento precede al bautismo.

Después del arrepentimiento y el bautismo, a la persona le es dado el Espíritu de Dios mediante la imposición de las manos (2 Timoteo 1:6). Entonces el Espíritu Santo nos guía para que vivamos de acuerdo con el camino de Dios (Romanos 8:14). Ahora tenemos el amor de Dios, que nos motiva para cumplir con sus leyes (1 Juan 5:3). Los verdaderos cristianos tienen el Espíritu de Dios (Romanos 8:9) y luchan por vivir de la misma forma en que vivió Cristo (1 Juan 2:6).

El arrepentimiento comprende tanto tristeza como gozo. El arrepentimiento nos conduce a una maravillosa y eterna relación con nuestro amoroso Dios, nuestro Creador y el dador de la vida. El arrepentimiento hace que nos fijemos en el amor y la misericordia de Dios, y el perdón de los pecados hecho posible por el sacrificio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. El arrepentimiento es necesario para que podamos despojarnos del “viejo hombre” y llegar a formar parte de la familia de Dios (Efesios 4:20-24). Jesús dijo: “Arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:15).

Ciertamente, una de las razones que tenemos para alegrarnos es ¡la expectativa de formar parte del Reino de Dios!

Poco después de arrepentirnos, debemos ser bautizados y recibir el don del Espíritu Santo (Hechos 2:37-38) para que sean perdonados todos nuestros pecados pasados (Romanos 3:25). Después debemos vivir una vida guiada por el Espíritu de Dios, creciendo en la gracia y en el conocimiento, dando fruto y siendo cada vez más perfeccionados en santidad y en justicia (2 Pedro 3:18; Mateo 13:23; 2 Corintios 7:1).

El arrepentimiento es un proceso continuo y no un suceso único en la vida del creyente. Una persona convertida deberá seguir batallando continuamente contra el pecado en su vida (1 Juan 1:8-10; 2:1). La naturaleza humana estará presente todo el tiempo que vivamos y luchará continuamente con nuestra mente, incitándonos a pecar (Romanos 7:17, 20-21). No obstante, sentiremos la necesidad de obedecer y complacer a Dios. El amor de Dios que está presente en la persona (Romanos 5:5) reconoce el camino perfecto de Dios y desea seguirlo, pero también se da cuenta de la debilidad de la carne (Romanos 7:12-25).

Mientras el creyente mantenga una actitud arrepentida, luchando continuamente por vencer el pecado (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21), Dios no le condena (Romanos 8:1). Mediante el arrepentimiento y la fe en que el sacrificio de Jesucristo cubre nuestros pecados, una persona convertida se mantiene en este proceso de lucha y de conversión durante toda su vida.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar los folletos gratuitos *El camino hacia la vida eterna* y *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana.*)

El bautismo por inmersión

Creemos en la ordenanza del bautismo por inmersión en agua después del arrepentimiento. Mediante la imposición de las manos, con oración, el creyente recibe el Espíritu Santo y se convierte en parte del Cuerpo espiritual de Jesucristo (Mateo 3:13, 16; Juan 3:23; Hechos 2:38; 8:14-17; 19:5-6; 1 Corintios 12:13).

Juan el Bautista introdujo el bautismo de arrepentimiento, el cual estaba relacionado con el concepto del perdón de los pecados (Mateo 3:1-6; Marcos 1:4-5). El mismo Jesús fue bautizado por Juan (Mateo 3:13-17), no porque tuviera algo de qué arrepentirse o porque necesitara ser perdonado, sino para dar ejemplo a sus discípulos a lo largo de los siglos.

La palabra *bautismo* proviene del vocablo griego *baptizo*, que significa “sumergir”. Según esta definición y de acuerdo con la Biblia, la única forma apropiada de bautismo es una inmersión total en agua. Juan el Bautista escogió un sitio especial en el río Jordán, porque allí había agua suficiente para hacerlo (Juan 3:23).

Para el cristiano, la ordenanza del bautismo es de crucial importancia. En una sola ceremonia, la muerte, sepultura y resurrección de Cristo acuden a la mente del creyente y se relacionan directamente con su propia “muerte” simbólica, su “resurrección” de la “tumba acuática” y el comienzo de una vida nueva (Romanos 6:3-6; Colosenses 2:12-13). Dentro de este simbolismo también está presente la promesa de la futura resurrección del creyente en el Reino de Dios. El pecador que ha sido perdonado emerge de las aguas del bautismo para vivir una nueva vida en Cristo, libre de la pena del pecado que merecía por los pecados que había cometido. Las aguas del bautismo lavan simbólicamente esos pecados. En este sentido, el bautismo es un reconocimiento exterior del deseo genuino que siente el creyente de someterse y rendirse totalmente a Dios y a su camino de vida (Efesios 4:20-24).

El bautismo, ordenado por Dios, debe ser precedido por la fe y el arrepentimiento (Hechos 2:37-38; Marcos 16:16). El simbolismo propio del bautismo deja en evidencia la disposición para “sepultar” la vida pecaminosa del pasado (Romanos 6:11). El hecho de que reconozcamos nuestra culpa y la necesidad de que Cristo nos salve de las consecuencias del pecado es algo de fundamental importancia. Este arrepentimiento está caracterizado por un cambio de corazón y de conducta, basado en una fe personal y una entrega total a Jesucristo y a Dios el Padre (Lucas 14:25-33; Colosenses 2:12). Sólo debe bautizarse una persona madura que pueda entender y apreciar cabalmente el compromiso de por vida que se requiere para hacerlo. La Biblia no nos dice en ninguna parte que se deba bautizar a los niños.

Después del bautismo se realiza una oración y se imponen las manos. Esto es parte del procedimiento que nos permite recibir el Espíritu de Dios (Hechos 8:14-18). Es por medio del Espíritu Santo que Cristo vive su vida

en el cristiano (Juan 14:16-17, 23; Gálatas 2:20). Al seguir este proceso, el creyente entra a formar parte del cuerpo espiritual de Cristo (1 Corintios 12:12-13), lo que produce gozo en los cielos (Lucas 15:7).

En la comisión que Jesucristo dio a sus discípulos, incluyó la autorización para bautizar a los creyentes (Mateo 28:18-20). Así, aquellos que han sido llamados por Dios al arrepentimiento (Juan 6:44) buscan el bautismo para el perdón de los pecados, siguiendo el ejemplo y la instrucción de Jesucristo.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar los folletos gratuitos *El camino hacia la vida eterna* y *Transforme su vida: La verdadera conversión cristiana*.)

El día de reposo

Creemos que el séptimo día de la semana es el sábado del Señor nuestro Dios. En este día se nos ordena descansar de nuestras labores y adorar a Dios, conforme a las enseñanzas y el ejemplo de Jesús, los apóstoles y la iglesia del Nuevo Testamento (Génesis 2:2-3; Éxodo 20:8-11; 31:13-17; Levítico 23:3; Isaías 58:13; Hebreos 4:4-10; Marcos 1:21; 2:27-28; 6:2; Hechos 13:42-44; 17:2; 18:4; Lucas 4:31).

El sábado fue creado y apartado para el hombre desde el tiempo de la creación. Dios bendijo y santificó el séptimo día y en él descansó de todas sus obras. El sábado fue el día posterior a la creación del primer ser humano, un tiempo separado para que el hombre diera prioridad a una relación personal y estrecha con su Creador (Génesis 2:2-3).

El sábado fue creado y apartado para el hombre y su beneficio directo. Jesucristo es Señor del sábado, lo que establece una conexión perpetua entre el Creador y este tiempo santo (Marcos 2:27-28). Es un tiempo muy especial para que el hombre profundice y afiance su devoción a Dios y su relación con él. Cuando dejamos de buscar nuestros propios caminos, encontramos gozo en lo que le agrada a Dios (Isaías 58:13-14).

En Éxodo 20:8-10 Dios dio instrucciones concernientes a la observancia del sábado. El hombre debe *“acordarse del día de reposo para*

santificarlo”. El hombre recuerda y santifica el sábado cuando descansa en este día y lo dedica a adorar a Dios. Cuando los cristianos siguen este patrón están siguiendo el ejemplo de su Creador y están recordando a aquel que les dio vida.

En Deuteronomio 5:12-15 Dios vuelve a enfatizar la necesidad de guardar el sábado. Nos explica que el sábado no solamente nos recuerda que fuimos creados por Dios, sino que él es quien nos libera de la esclavitud (ver también Lucas 4:18-19). El antiguo pueblo de Israel recordaba que había sido liberado de su esclavitud en Egipto. Los cristianos recuerdan que Jesucristo los liberó de la esclavitud espiritual (Romanos 6:16-18).

Además de las instrucciones dadas en el momento de la creación y en los Diez Mandamientos, Éxodo 31:13-17 nos indica que el sábado es una señal entre Dios y su pueblo y que constituye un pacto perpetuo. Debe ser santificado por quienes han sido llamados, como un recordatorio de que Dios es quien los ha apartado y de que son sus hijos.

Cuando Jesús regrese a la tierra y establezca el Reino de Dios, el sábado será guardado semanalmente como una forma de adoración y servicio a Dios (Isaías 66:23).

La prueba de que queda un reposo sabático para la humanidad (Hebreos 4:9) fue confirmada por el ejemplo viviente de Jesucristo (Lucas 4:31) y, después de su muerte y resurrección, por sus discípulos.

Siguiendo la ley de Dios y el ejemplo de Cristo, Pablo instruía a los gentiles en el día sábado (Hechos 13:42-44). Dondequiera que iba Pablo, conforme a su costumbre enseñaba en el séptimo día y establecía congregaciones que guardaban el sábado (Hechos 17:2; 18:4). No existe ningún ejemplo en los escritos de los apóstoles o en las prácticas de la iglesia del Nuevo Testamento que nos indique que hubo algún cambio con respecto a las enseñanzas que recibieron de Cristo.

En conclusión, el sábado conmemora la creación y le recuerda al hombre que Dios es su Creador. En la actualidad, aquellos que guardan el séptimo día de la semana tienen presente que Dios es quien los ha redimido del pecado. Finalmente, el sábado señala hacia el regreso de Cristo y el establecimiento del Reino de Dios, cuando habrá verdadero descanso para toda la humanidad (Hebreos 4:4-10).

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *El día de reposo cristiano*.)

La Pascua

Creemos en la observancia de la Pascua del nuevo pacto la noche del 14 de abib, el aniversario de la muerte de nuestro Salvador (Levítico 23:5; Lucas 22:13-14).

El hecho de que Jesús haya instituido los nuevos símbolos del pan y el vino para la Pascua, y se haya referido al vino como “mi sangre del nuevo pacto” (Mateo 26:28; Marcos 14:24), muestra claramente que la ceremonia de la Pascua es una observancia del nuevo pacto (Nuevo Testamento). Además, Jesús identificó personalmente esta ceremonia *conmemorativa* (Lucas 22:19) como “esta pascua” (v. 15), y la observó el mismo día que estaba estipulado en Levítico 23, el 14 de abib de acuerdo con el calendario hebreo.

Jesús mismo estableció la celebración del servicio de la Pascua del Nuevo Testamento la noche anterior a su muerte. Pablo confirmó que debemos guardarla en “*la noche que fue entregado*” (1 Corintios 11:23-26; Lucas 22:14-20; Juan 13:1-17), al comienzo del 14 de abib. Jesús utilizó específicamente el nombre de “pascua” para esta ceremonia conmemorativa especial (Mateo 26:18; Lucas 22:8, 15). Dio instrucciones a sus discípulos sobre cómo, cuándo y dónde debían hacer los preparativos para celebrar esta nueva forma de representar la muerte del Mesías (Lucas 22:7-13).

La Pascua del Nuevo Testamento no está relacionada únicamente con la muerte del “Cordero de Dios”. También tiene que ver con su sufrimiento (Lucas 22:15). Debemos recordar todo el sacrificio que hizo, tanto su agonía como su muerte. Su suplicio, muerte y sepultura ocurrieron el 14 de abib. Los símbolos del pan y el vino reemplazaron los corderos que se usaban para el sacrificio en el Antiguo Testamento (Éxodo 12) y que prefiguraban a Jesucristo.

Jesús, como el Cordero de Dios, es “nuestra pascua” (1 Corintios 5:7). El pan y el vino representan su sacrificio total, tanto su sufrimiento como su muerte.

La muerte de Jesús ocurrió en la tarde del día 14 de abib, pero su sufrimiento comenzó desde la noche anterior cuando todavía estaba con sus discípulos. “Y tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte . . .” (Mateo 26:37-38).

Nosotros conmemoramos la muerte de Cristo como nuestra Pascua al comienzo del 14 de abib, la noche en que Jesús fue entregado, y guardamos la fiesta de los Panes sin Levadura desde el principio del día 15 de abib hasta el final del 21 del mismo mes, en conformidad con lo que se ordena en las Escrituras. El relato bíblico es sumamente claro en este aspecto y no tenemos ninguna dificultad para discernir la secuencia correcta de los acontecimientos: primero la Pascua y a continuación los días de Panes sin Levadura.

Como Cristo es nuestra Pascua, el pan y el vino son símbolos que nos recuerdan su sufrimiento y muerte. Jesucristo y sus discípulos, siendo judíos, habían celebrado la Pascua durante toda su vida. Pero ahora había nuevos símbolos. Cristo les enseñó a sus discípulos el profundo significado de la Pascua mediante los nuevos símbolos y por medio de su sufrimiento final y su muerte el día 14 del primer mes.

Después de decirles a sus discípulos que bebieran el vino, Jesús dijo: “porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28). Cristo instituyó los símbolos de la Pascua porque esto iba de acuerdo con su papel de “mediador del nuevo pacto” (Hebreos 12:24).

Con su sacrificio, pagó la pena de todos los pecados de la humanidad (1 Pedro 3:18). Cuando nosotros participamos del pan y del vino, reconocemos que su cuerpo y su sangre fueron ofrecidos para cubrir nuestros pecados. Somos reconciliados con el Padre por medio de la fe en el sacrificio de Jesucristo. Esa reconciliación nos permite tener acceso al Padre y hace que podamos presentarnos confiadamente delante de su trono de gracia para encontrar ayuda en tiempos de necesidad (Hebreos 4:16). Gracias a su sacrificio, podemos ser sanados espiritual, física, mental y emocionalmente (Isaías 53:4-5; Santiago 5:14).

Cuando comemos el pan, simbolizamos a Cristo viviendo en nosotros (Juan 6:53-54). También representamos nuestra unión con Cristo y con cada miembro de su cuerpo, la iglesia (1 Corintios 10:16) y nuestro consentimiento de vivir conforme a la palabra de Dios.

Jesús nos exhorta para que celebremos la Pascua en memoria de él (Lucas 22:19-20). Pablo dice claramente en 1 Corintios 11:20-26 que la iglesia debe *reunirse* para comer el pan y beber la copa. El propósito de esta ceremonia es *anunciar la muerte del Señor hasta que él venga*, simbolizando la única forma en que la humanidad puede ser reconciliada con Dios el Padre. Pablo también nos dice que por medio de la muerte de Jesús nosotros somos *reconciliados* con Dios el Padre, pero que somos *salvos* por su vida (Romanos 5:10).

Jesús estableció el lavamiento de los pies como parte de la ceremonia de la Pascua. Después de dar un ejemplo personal de servicio lavando los pies de sus discípulos, dijo: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (Juan 13:17).

Estos tres elementos: el lavamiento de los pies, el pan y el vino, forman parte de la ceremonia que anualmente celebra la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. Celebramos esta ceremonia sólo una vez al año, poco después de la caída del sol al comienzo del día 14 del primer mes del calendario hebreo, como está establecido en la Palabra de Dios.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios: Esperanza segura para la humanidad*.)

Las fiestas bíblicas

Creemos en la observancia por orden divina de las siete fiestas anuales dadas por Dios a la antigua Israel y guardadas por Jesucristo, los apóstoles y la iglesia del Nuevo Testamento, y que serán guardadas por toda la humanidad durante el reinado milenar de Cristo. Estas fiestas revelan el plan de salvación de Dios (Colosenses 2:16-17; 1 Pedro 1:19-20; 1 Corintios 5:8; 15:22-26; 16:8; Santiago 1:18; Éxodo 23:14-17; Levítico 23; Lucas 2:41-42; 22:14-15; Juan 7:2, 8, 10, 14; Hechos 2:1; 18:21; 20:16; Zacarías 14:16-21).

Cuando Dios liberó a la nación de Israel del cautiverio en Egipto, le ordenó que llevara a cabo ciertas ceremonias especiales para adorarlo durante las épocas de cosecha (Éxodo 23:14-16; Deuteronomio 16:1-17). Dios definió estas celebraciones como sus festivales, o “las fiestas del Eterno” (Levítico 23:2-4). El mensaje del evangelio y el plan de salvación de Dios cobran más significado cuando entendemos que las cosechas agrícolas anuales representan las cosechas espirituales de seres humanos gracias al don divino de salvación por medio de Jesucristo (Mateo 9:37-38; Juan 4:35; 15:1-8; Colosenses 2:16-17).

Los siete días santos son sábados anuales. Son santas convocaciones, asambleas obligatorias para el pueblo de Dios. Estos días son sagrados porque han sido santificados (apartados) por Dios. Él le ordena a su pueblo que se reúna para adorarlo y para aprender acerca de él y de su plan. Su propósito no se limita solamente a que nos convoquemos para venerarlo, sino que además desea que tengamos compañerismo espiritual y nos regocijemos juntos (Levítico 23:1-4; Deuteronomio 14:23-26; Nehemías 8:1-12).

Según leemos en el Nuevo Testamento, Jesucristo y la iglesia continuaron guardando fielmente estos días. Jesús celebró estos festivales y nosotros, como sus seguidores, debemos andar como él anduvo (Juan 7:8-14; 1 Juan 2:6). La iglesia del Nuevo Testamento comenzó en una fiesta anual, el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4). Los apóstoles y los discípulos de la iglesia primitiva continuaron guardando estas fiestas mucho después de la muerte y resurrección de Jesús (Hechos 18:21; 20:16; 27:9; 1 Corintios 5:8). Pablo confirma la vigencia de su observancia y los compara a “sombras”, es decir, una reseña o guía permanente de los grandes acontecimientos que aún están por cumplirse en el plan de salvación de Dios (Colosenses 2:16-17). Además, le dijo a la congregación en Corinto: “Celebraremos la fiesta” (1 Corintios 5:8).

Por medio de la celebración de estos festivales, el pueblo de Dios mantiene centrada su atención en la labor de Jesús el Mesías durante todo el año. Mediante la predicación del evangelio del Reino de Dios y el llamado que Dios nos hace a una nueva vida (Juan 6:44) se lleva a cabo el proceso de edificación de la iglesia como la familia de Dios. Cuando enfocamos en Cristo como el punto central, empezamos a entender el significado especial de estas festividades anuales.

En la celebración de las siete fiestas anuales encontramos que hay siete días santos, que son sábados anuales. Estos sábados anuales son: el

primero y el último día de la Fiesta de los Panes sin Levadura, la Fiesta de Pentecostés, la Fiesta de las Trompetas, el Día de Expiación, el primer día de la Fiesta de los Tabernáculos, y el Último Gran Día. Aunque la Pascua es una fiesta, no es un sábado anual.

El plan de salvación que encontramos revelado en las Sagradas Escrituras está representado en estas siete fiestas anuales.

- **La Pascua** nos enseña que Jesucristo no tenía pecado, pero entregó su vida como el Cordero de Dios para que los pecados de la humanidad pudieran ser perdonados y la pena de muerte fuera eliminada (1 Corintios 5:7; 1 Pedro 1:18-20; Romanos 3:25). Aunque la Pascua no se celebra como un día santo, es la primera fiesta del año.

- **La Fiesta de los Panes sin Levadura** nos enseña que hemos sido llamados para rechazar la iniquidad y arrepentirnos del pecado. Debemos vivir por toda palabra de Dios y según las enseñanzas de Jesucristo (1 Corintios 5:8; Mateo 4:4). Durante esta fiesta, la levadura es símbolo del pecado, y como tal debemos sacarla completamente de nuestras casas en estos siete días (1 Corintios 5:7-8; Éxodo 12:19). Al comer panes sin levadura simbolizamos una vida de sinceridad y de verdad, libres del pecado.

- **La Fiesta de Pentecostés**, o de las Primicias, nos enseña que Jesucristo vino para edificar su iglesia. Esta fiesta simboliza la venida del Espíritu Santo y el establecimiento de la iglesia. Las primicias son aquellas personas que recibirán la salvación cuando Jesucristo regrese. Han recibido el poder del Espíritu Santo, el cual crea en cada una de ellas un nuevo corazón y una nueva naturaleza que les permite vivir según los mandamientos de Dios (Éxodo 23:16; Hechos 2:1-4, 37-39; 5:32; Santiago 1:18).

- **La Fiesta de las Trompetas** nos enseña que al final de esta era Jesucristo regresará a la tierra en forma visible. Entonces resucitará a los santos que hayan muerto y transformará en seres espirituales a los santos que aún estén vivos (Mateo 24:31; 1 Corintios 15:52-53; 1 Tesalonicenses 4:13-17). Esta festividad conmemora los toques de trompeta que antecederán a su regreso. En Apocalipsis 8-10 encontramos la descripción de siete ángeles con siete trompetas. Al sonido de la séptima trompeta, Jesucristo retornará (Apocalipsis 11:15).

- **El Día de Expiación** nos enseña que Jesucristo dio su vida en expiación por los pecados de toda la humanidad. También nos indica el tiempo en el cual Satanás será atado por espacio de mil años (Levítico 16:29-30, 20-22; Apocalipsis 20:1-3). Este día santo representa a Jesucristo quien,

como nuestro Sumo Sacerdote, hace expiación por nuestros pecados, lo que nos permite ser reconciliados con Dios y poder entrar en el “Lugar Santísimo” (Hebreos 9:8-14; 10:19-20). Al ayunar en esta fiesta nos acercamos a Dios y representamos lo que significa la reconciliación de la humanidad con Dios. Como nuestro Sumo Sacerdote, Cristo desempeña un papel fundamental en este proceso (Hebreos 4:14-15; 5:4-5, 10), y es nuestro eterno sacrificio por el pecado (Hebreos 9:26-28).

- **La Fiesta de los Tabernáculos** nos enseña que cuando Jesucristo regrese como Rey de reyes y Señor de señores, organizará una nueva sociedad y, con la ayuda de los santos resucitados, establecerá su reino en la tierra por espacio de mil años (Apocalipsis 19:11-16; 20:4; Levítico 23:39-43; Mateo 17:1-4; Hebreos 11:8-9). El gobierno según las leyes de Dios será administrado desde Jerusalén para todo el mundo y esto hará que la humanidad experimente un período de paz y de prosperidad sin precedentes (Isaías 2:2-4; Daniel 2:35, 44; 7:13-14).

- **El Último Gran Día**, u octavo día, nos enseña que Jesucristo completará su cosecha de seres humanos cuando resucite y ofrezca la salvación a todas las personas que hayan muerto sin haber tenido la oportunidad de ser salvadas (Ezequiel 37:1-14; Romanos 11:25-27; Lucas 11:31-32; Apocalipsis 20:11-13).

El ciclo anual de celebración de las fiestas y los días santos les recuerda a los discípulos de Cristo que él está llevando a cabo su plan de salvación, que incluye a toda la humanidad que ha existido, existe y existirá, para rescatarla del pecado y la muerte y ofrecerle el don de la vida eterna en la familia de Dios.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Las fiestas santas de Dios: Esperanza segura para la humanidad.*)

Las leyes de Dios acerca de los alimentos

Creemos que no se han de comer las carnes señaladas por Dios como “inmundas” en Levítico 11 y Deuteronomio 14.

Las Escrituras nos revelan que Dios creó una inmensa variedad de vida animal para que poblara nuestro planeta y también afirman que algunos de estos animales fueron creados con el propósito específico de que sirvieran de alimento a los seres humanos (1 Timoteo 4:3). Aunque ningún cristiano está obligado a comer carne, el vegetarianismo en sus diferentes formas, si se practica como un requisito religioso, se considera como una debilidad espiritual (Romanos 14:2).

No existe ningún pasaje bíblico que nos explique claramente cuándo estableció Dios la diferencia entre los animales “limpios” y los animales que no lo son. La ausencia de un mandamiento claro no debe tomarse como prueba de que no se dieron instrucciones al respecto. En las primeras páginas de la Biblia encontramos pocas órdenes claras y precisas, pero los ejemplos nos demuestran que las normas acerca de lo bueno y lo malo se entendían muy claramente. Por ejemplo, no existe una orden clara en contra del asesinato antes de que Caín matara a su hermano Abel; pero no por ello podemos concluir que en aquella época el asesinato era aceptado como algo correcto. El libro del Génesis puede considerarse como un libro de orígenes. Este libro fue escrito por Moisés con el propósito de proveer un registro histórico de lo que ocurrió, no como un libro de leyes. Los lectores no deben suponer que la ley no existía desde el principio.

En la Escritura, la distinción entre “limpio” e “inmundo” aparece por primera vez en Génesis 7:2, donde Noé recibe la orden de tomar siete (o siete parejas de) animales limpios y sólo una pareja de animales no limpios.

Cuando Dios instruyó a Noé para que construyera una enorme arca, le dio toda clase de instrucciones específicas y detalladas acerca del tamaño, la forma y la construcción de ésta. Sin embargo, Dios no consideró necesario decirle a Noé cuáles animales eran limpios y cuáles eran inmundos. La instrucción de Dios y la respuesta de Noé muestran claramente que Noé entendía cuáles animales eran limpios y cuáles no.

Después del diluvio Dios le dijo a Noé: “Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo” (Génesis 9:3). En el versículo anterior vemos que el punto que se estaba tratando era que aunque habían sobrevivido pocos hombres y se habían preservado varias especies de animales grandes y peligrosos, Noé y su familia no tenían por qué temer a esos animales.

El versículo 3 nos dice que los animales fueron creados para el beneficio del hombre. Estaban bajo el dominio del hombre, lo mismo que las hierbas y las plantas. Algunas de estas plantas sirven como alimento, otras como materiales de construcción, otras para embellecer y alegrarnos la vida, y otras son venenosas y capaces de causarnos enfermedad y hasta muerte si las ingerimos. Lo mismo ocurre con los animales: unos sirven como alimento, otros nos proveen de vestido, otros nos ayudan en diferentes labores y otros nos protegen de peligros.

Cuando los animales son mencionados en las Escrituras como alimento o como sacrificio antes de los sucesos en el monte Sinaí, invariablemente se trata de animales limpios (Génesis 15:9: becerra, cabra, carnero, tórtola y palomino; Génesis 22:13: carnero; Éxodo 12:5: ovejas o cabras). Sin importar el papel que hayan desempeñado las carnes en el antiguo pacto, la ley de las carnes limpias e inmundas claramente precedió a la promulgación de éste.

Cuando se estableció el sistema levítico, fue necesario codificar ciertas leyes y reglas que habían estado vigentes por algún tiempo. Dos pasajes de las Escrituras: Levítico 11:1-47 y Deuteronomio 14:3-21 nos indican claramente cuáles son las carnes que son aptas para el consumo humano y cuáles no; pero estos pasajes simplemente codifican prácticas muy anteriores al establecimiento del sistema levítico. El término usado para describir aquellos animales cuya carne es apta como alimento es *limpio* y el término para los animales que no son para comer es *inmundo*.

La Escritura no nos revela exactamente por qué Dios especificó que la carne de algunos animales es “limpia” y la de otros es “inmunda”.

Cualesquiera que sean las razones, Dios creó cada animal y él declara que ciertas sustancias son buenas para alimento y que otras no lo son.

Algunos pasajes del Nuevo Testamento nos demuestran que Jesucristo y sus seguidores aún estaban observando las leyes acerca de las carnes limpias e inmundas. Los dirigentes religiosos de aquel tiempo ansiaban poder acusar a Jesús de violar la ley según ellos la interpretaban, y no existe ningún registro de que lo hayan confrontado alguna vez por violar estas leyes alimentarias o por enseñar en contra de ellas. Si él hubiese abogado por el consumo de carnes inmundas, les habría proporcionado a aquellos dirigentes el motivo ideal para dañar su reputación ante la multitud, que no hubiera tolerado tal enseñanza. Si las palabras de Jesús en el pasaje de Marcos 7 hubieran sido interpretadas por los dirigentes religiosos de ese entonces de la manera en que muchos eruditos las interpretan hoy, aquéllos se hubieran enfurecido. Decir que Marcos 7 autoriza el consumo de carnes inmundas se basa en un uso gramatical diferente, que se encuentra en muy pocos manuscritos griegos.

Aunque el principal propósito de la visión de Pedro en Hechos 10 no está relacionado con las carnes limpias e inmundas, esta visión nos revela claramente el entendimiento que la iglesia del Nuevo Testamento tenía acerca de este asunto. Por medio de esta visión Dios le dijo a Pedro que debía llevar el mensaje del evangelio a todos los pueblos y naciones, aun a aquellos que no formaban parte de la comunidad judía. Durante esta visión, en tres ocasiones Pedro rehusó comer carnes inmundas y estaba extrañado porque no entendía el significado de lo que veía, hasta que Dios le reveló que lo que estaba tratando de enseñarle tenía que ver con las personas y no con los animales limpios e inmundos. A Pedro le fue revelado que a ningún hombre debe llamársele “común o inmundo” (vv. 28-29).

Este capítulo termina cuando la familia de Cornelio recibe el Espíritu Santo como una clara demostración de que el evangelio iba a ser predicado a todas las naciones (vv. 44-48). Aunque muchos han usado estos versículos como licencia para comer animales inmundos, en realidad lo que se afirma en ellos es lo contrario. Este suceso tuvo lugar varios años después del comienzo de la iglesia del Nuevo Testamento, y sin embargo Pedro rechazó enfáticamente la posibilidad de comer carne inmunda, llegando incluso a objetar: “porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás” (v. 14).

Pablo mencionó los animales que “Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad . . . porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado”

(1 Timoteo 4:3, 5). La palabra utilizada para describir a estas criaturas, *santificado*, tiene el significado dual de haber sido apartado “de” algo, y haber sido apartado “para” algo. Los animales limpios son aquellos que han sido apartados por la Palabra de Dios de los otros animales con el propósito de servir de alimento a los seres humanos. Es la carne de estos animales, propia para alimento, la que debe ser recibida con acción de gracias por los creyentes y los que conocen la verdad.

Por lo tanto, la Iglesia de Dios Unida enseña que debemos abstenernos de consumir las carnes inmundas, teniendo como base los ejemplos y las instrucciones que acabamos de exponer.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar la publicación gratuita *¿Es toda carne propia para alimento?*)

El servicio militar y la guerra

Creemos que los mandamientos de Dios le prohíben al cristiano quitar la vida humana directa o indirectamente, y que portar armas es contrario a esta creencia fundamental. Por tanto, creemos que los cristianos no deben ocuparse voluntariamente en el servicio militar. Si se les ocupa en el servicio militar involuntariamente, creemos que deben negarse en conciencia a portar armas y, en la medida de lo posible, rehusar estar bajo la autoridad militar (Éxodo 20:13; Mateo 5:21-22; 1 Corintios 7:21-23; Hechos 5:29).

El camino de Dios es el camino del amor, del sacrificio y del dar (Romanos 12:1, 10). La enseñanza de Dios con respecto a que un ser humano pueda tomar la vida de otro está resumida en el sexto mandamiento que dice: “No matarás” (Éxodo 20:13). Cristo repitió un gran principio cuando dijo: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:39). Pablo dijo: “El amor no hace mal al prójimo” (Romanos 13:10).

Jesús declaró: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían . . .” (Juan 18:36). El Israel espiritual de Dios ya no está compuesto de las 12 tribus físicas. Personas de todas las naciones han sido injertadas en el Israel espiritual (Romanos 9:1-8) y son parte del Cuerpo espiritual de Cristo (Romanos 2:25-29). Como cristianos, hemos salido de las tinieblas y pasado del dominio de Satanás al poder del Reino de Dios (Hechos 26:28; Colosenses 1:11-13).

Ahora nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3:20). Debemos imitar las acciones de Jesús (1 Pedro 4:1, 13-16). Cuando le insultaban, Cristo no respondía con insultos; cuando estaba sufriendo, no amenazaba. Padebió por hacer el bien y soportó con paciencia su dolor porque deseaba agradar a Dios (1 Pedro 2:19-24). También nos enseñó que enojarnos con un hermano nos puede conducir a pecar (Mateo 5:21-22). Debemos amar a nuestros enemigos y hacer el bien aun a aquellos que nos odian (vv. 43-44). No debemos vengarnos; la venganza le pertenece a Dios (Romanos 12:19).

Nuestra lucha como cristianos es espiritual (Efesios 6:10-20). No tenemos lucha contra carne y sangre (2 Corintios 10:3), sino contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes (Efesios 6:12). Debemos ser buenos soldados espirituales de Jesucristo (2 Timoteo 2:3-4). Este es nuestro llamamiento en esta vida. Como consecuencia, a veces nos vemos en situaciones en que entran en conflicto las leyes del hombre y las leyes del Dios todopoderoso. Cuando esto ocurre, un cristiano debe obedecer las leyes de Dios (Hechos 5:29; 1 Pedro 2:13-14).

En la mayoría de los países el establecimiento militar tiene sus propias leyes y reglamentos. Una persona que está bajo autoridad militar no tiene libertad para decidir qué hace y qué no hace. Lo más prudente para un cristiano es que evite ponerse en tal situación, ya que puede verse obligado a matar a otro ser humano. El apóstol Pablo nos exhorta a que no nos convirtamos en esclavos de los hombres (1 Corintios 7:23).

Por lo tanto, la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*, respalda la objeción de conciencia de sus miembros en cuanto al servicio militar y la guerra.

Las promesas hechas a Abraham

Creemos en la justicia perdurable de Dios. Esa justicia está demostrada en la fidelidad de Dios al cumplir todas las promesas que hizo a Abraham, padre de los fieles. Tal como lo prometió, Dios multiplicó a los descendientes directos de Abraham de modo que Abraham se convirtió literalmente en “padre” de muchas naciones. Creemos que Dios, tal como lo prometió, hizo prosperar materialmente a los descendientes directos de Abraham: Isaac y Jacob (cuyo nombre cambió más tarde a Israel). Creemos que Dios, mediante Jesucristo, la Simiente de Abraham, está facilitando la salvación a toda la humanidad independientemente de su linaje físico. Por tanto, la salvación no es un derecho adquirido por nacimiento. Se ofrece libremente a todos los que Dios llama, y los que son considerados descendientes de Abraham son aquellos de la fe, herederos según las promesas. Creemos que el saber que Dios ha cumplido y sigue cumpliendo las promesas físicas hechas a Abraham y sus hijos, y que está cumpliendo la promesa espiritual por medio de Jesucristo, es esencial para entender el mensaje de los profetas y su aplicación al mundo en que vivimos (Salmos 111:1-10; Romanos 4:16; 9:7-8; Gálatas 3:16; Génesis 32:28).

Dios le hizo a Abraham promesas físicas y también espirituales. Las promesas físicas estaban relacionadas con la grandeza física de sus descendientes: “Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre . . .” (Génesis 12:1-2). Entre estas promesas físicas estaban la posesión de ciertos territorios, además de otras bendiciones (Génesis 12:7; 13:14-17; 15:18).

Estas promesas físicas fueron transmitidas formalmente a los descendientes de Abraham. Primero pasaron a Isaac (Génesis 26:1-4). Después las heredó Jacob (Génesis 28:3-4, 13-14). Luego pasaron a José y finalmente a dos de sus hijos, Efraín y Manasés (Génesis 48:15-19). Sin embargo, debido a la esclavitud de Israel, el cumplimiento de estas promesas físicas se retardó.

Antes de que alguno de los descendientes de Abraham pudiera heredar la tierra de promisión, llegaron a ser esclavos en Egipto (Éxodo 1:7-11). Los israelitas clamaron a Dios a causa de la esclavitud, y Dios los oyó. En su fidelidad, Dios decidió liberar a Israel de la esclavitud para poder cumplir sus promesas a Abraham, a Isaac y a Jacob de que los descendientes de Abraham serían bendecidos materialmente al convertirse en un pueblo grande en la tierra (Éxodo 2:23-25; 6:7-8; 13:5; Deuteronomio 9:4-6).

Luego vemos que a los israelitas les fueron ofrecidas promesas de bendiciones físicas. Sólo si los israelitas obedecían a Dios y guardaban el pacto podrían recibir esas promesas. Si no obedecían los términos del pacto, las bendiciones serían retenidas y serían reemplazadas por maldiciones (Éxodo 19:5-6; Levítico 26:3-39; Deuteronomio 28:1-68).

Debido a los pecados de Israel y de Judá, las bendiciones fueron retenidas. Sólo existieron breves períodos de prosperidad, bajo el reinado de unos cuantos reyes justos. Pero debido a la fidelidad de Dios, él finalmente bendeciría a los descendientes de Abraham con grandeza. Los descendientes de Efraín y Manasés (Gran Bretaña y Estados Unidos) han recibido la bendición de grandeza nacional. Efraín ha llegado a ser una multitud de naciones y Manasés ha venido a ser una gran nación. Es por medio de estos dos países que se están cumpliendo las profecías bíblicas concernientes a Israel (Génesis 48:16; 49:22-26).

Entre las promesas hechas a Abraham se encontraba la promesa de salvación para todos los que llegaran a formar parte de su simiente (sus descendientes). Por medio de Abraham, todas las familias de la tierra tendrían acceso a las bendiciones de Dios (Génesis 12:3). Dios confirmó las promesas hechas a Abraham porque obedeció sus mandamientos (Génesis 22:18).

Las promesas hechas a Abraham no estaban limitadas al ámbito físico, sino que también incluían bendiciones espirituales que se harían extensivas a toda la humanidad. Pablo entendió que la salvación no era solamente para los judíos o israelitas, sino para toda la humanidad. Se le permitió entender que la “simiente” es Cristo (Gálatas 3:8, 14-16).

Cuando nació Juan el Bautista, Zacarías profetizó que Dios recordaría la promesa que había jurado a Abraham (Lucas 1:69-73). Pablo dice que Jesucristo había venido para confirmar las promesas hechas a los padres (Romanos 15:8). La promesa de salvación proviene de Dios por medio del Espíritu Santo como parte del nuevo pacto, hecho posible por medio de la muerte y la resurrección de Jesucristo. El Espíritu Santo es la clave para las “mejores promesas” que son parte del “nuevo” y “mejor” pacto que ha sido establecido sobre esas mejores promesas (Hebreos 8:6).

A los apóstoles se les dijo que esperaran en Jerusalén el cumplimiento de la mejor promesa (Hechos 1:4, 8). Esperaron para recibir el sello del Espíritu Santo “de la promesa”, la garantía de su herencia (Efesios 1:13-14). Mediante el Espíritu de Dios podemos saber que somos hijos de Dios (Romanos 8:9, 14-17) y, por lo tanto, la simiente de Abraham (en el aspecto espiritual) y herederos de la salvación según la promesa (Gálatas 3:28). Esta promesa no está basada en antecedentes raciales, sino en el llamado de Dios y en el arrepentimiento de cada persona; nada tiene que ver con el origen nacional ni la raza de la persona.

El propósito de Dios para la humanidad

Creemos que el propósito de Dios para la humanidad es preparar a quienes él llama —y quienes elijan al vencer el pecado, forjar un carácter justo y crecer en gracia y conocimiento— para que posean el Reino de Dios y se conviertan en reyes y sacerdotes para reinar con Cristo a su regreso. Creemos que la razón de la existencia de la humanidad es literalmente nacer como seres espirituales dentro de la familia de Dios (Romanos 6:15-16; 8:14-17, 30; Hechos 2:39; 2 Pedro 3:18; Apocalipsis 3:5; 5:10).

Dios desea que todos los seres humanos lleguen a ser miembros de su familia en el Reino de Dios (2 Pedro 3:9). Actualmente y como parte de

este proceso, Dios está llamando a algunas personas para que hereden la vida eterna al regreso de Jesucristo a la tierra (1 Corintios 1:26-28; Mateo 20:16; Juan 6:44, 65); otros serán llamados más tarde. Aquellos que están siendo escogidos en la actualidad aceptarán a Cristo como su Salvador, someterán completamente su voluntad a la voluntad de Dios y lucharán para vencer el pecado en su vida (Apocalipsis 3:21).

Jesucristo es llamado “el primogénito entre muchos hermanos” (Romanos 8:14-17, 29; Apocalipsis 1:5-6; Colosenses 1:15-18). En la resurrección, al retorno de Jesucristo, “cuando él se manifieste, seremos semejantes a él” (1 Juan 3:2). Entonces, aquellos que hayan muerto en la fe serán resucitados, y quienes aún estén vivos en la fe serán transformados. Unos y otros se convertirán en seres espirituales y miembros de la familia de Dios (2 Corintios 6:18; 1 Corintios 15:42-53), y después servirán con Cristo como reyes y sacerdotes durante su reinado milenar aquí en la tierra (Apocalipsis 5:10; 20:4).

Dos de los cargos que Cristo desempeña son los de rey y sacerdote. Él es Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 19:15-16). Es además nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 3:1; 4:14-16; 5:5-6; 6:20; 7:24-28; 8:1-6; 9:11; 10:12). Otros compartirán sus responsabilidades como reyes y sacerdotes, sirviendo bajo su autoridad para cumplir la voluntad del Padre (Apocalipsis 5:10).

Aquellos que sean convertidos en sacerdotes en el milenio serán responsables de enseñar a las personas a discernir entre “lo inmundo y lo limpio”, una frase que incluye el concepto de ayudarles a discernir el bien del mal (Ezequiel 22:26; 44:23-24). Como mensajeros de Dios, enseñarán la ley de Dios y harán entender su significado y su aplicación (Malaquías 2:7-9).

Entre las responsabilidades de un rey del Antiguo Testamento se contaba la de escribir las palabras de la ley de Dios y “leerla todos los días de su vida” para que pudiera guardarla cuidadosamente y jamás apartarse de ella (Deuteronomio 17:18-20). Los que sean hechos reyes y sacerdotes en el Reino de Dios serán quienes, durante su vida física, le hayan permitido a Dios escribir su ley en su corazón y en su mente (Hebreos 8:10-11; Jeremías 31:33).

Como reyes durante el milenio, van a enseñar el camino de Dios a los seres humanos que aún estén con vida en aquella época (Isaías 30:20-21). Van a administrar el gobierno de Dios en aquellas funciones

que Jesucristo les delegue (Mateo 19:27-28; Lucas 19:11-19). Estarán completamente sometidos a la voluntad de Cristo, de la misma forma en que él está completamente sometido a la voluntad del Padre (Juan 5:30). Como coherederos con Cristo, van a colaborar con él para enseñar y gobernar a los seres humanos que existan en la tierra (Apocalipsis 5:10).

El plan de Dios abarca toda la humanidad. El juicio del gran trono blanco, descrito en Apocalipsis 20:11-13, nos revela que todos los seres humanos que hayan muerto sin conocer ni entender el gran plan de Dios serán resucitados y se les revelará su verdadero potencial humano. El plan de Dios es de gran magnitud. Toda la humanidad recibirá la oportunidad de aprender la verdad de Dios y venir al arrepentimiento (1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9). Esto ocurrirá después del milenio, cuando la inmensa mayoría de los seres humanos será resucitada y recibirá la oportunidad de salvación. Aquellos que se arrepientan y acepten a Cristo como su Salvador recibirán el don de la vida eterna en la familia de Dios, alcanzando el verdadero potencial que Dios les ha dado.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *Nuestro asombroso potencial humano.*)

La iglesia

Creemos que la iglesia es aquel cuerpo de creyentes que han recibido y son guiados por el Espíritu Santo. La verdadera Iglesia de Dios es un organismo espiritual. Su nombre bíblico es “la Iglesia de Dios”. Creemos que la misión de la iglesia es predicar el evangelio (buenas noticias) del venidero Reino de Dios a todas las naciones como testimonio, y ayudar a reconciliar con Dios a las personas que están siendo llamadas ahora. Creemos que también es misión de la Iglesia de Dios fortalecer, edificar y cuidar a los hijos de Dios en amor y amonestación de nuestro Señor Jesucristo (Hechos 2:38-39, 47; 20:28; Romanos 8:14; 14:19; Efesios 1:22-23; 3:14; 4:11-16; 1 Corintios 1:2; 10:32; 11:16, 22; 12:27; 14:26; 15:9; 2 Corintios 1:1-2; 5:18-20; Gálatas 1:13;

1 Tesalonicenses 2:14; 2 Tesalonicenses 1:4; 1 Timoteo 3:5, 15; Marcos 16:15; Mateo 24:14; 28:18-20; Juan 6:44, 65; 17:11, 16).

La palabra *iglesia* es una traducción del vocablo griego *ekklesia*, que se deriva del verbo *kaleo* (que significa “llamar”) más el prefijo *ek* (una preposición que significa “fuera”). Significa un grupo de personas que han sido “llamadas a salir”, de la misma forma que Israel fue llamado a salir de Egipto para congregarse delante de Dios (Hechos 7:38). La primera vez que aparece la palabra *ekklesia* en el Nuevo Testamento, Jesús prometió “edificar [su] iglesia”. La presencia del Espíritu Santo en la mente de los miembros (1 Corintios 2:12-13; Efesios 4:3-6) es lo que identifica a la Iglesia de Dios como una congregación única.

La Iglesia de Dios comenzó el día de Pentecostés, después de la ascensión de Jesucristo. Dios derramó su santo Espíritu sobre los discípulos que estaban reunidos ese día, obedeciendo el mandato de Jesús de que permanecieran en Jerusalén (Lucas 24:49; Hechos 2:1-4; 5:32). En los días siguientes, Dios “añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:47).

Jesús dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Juan 6:44), y “si no le fuere dado del Padre” (v. 65). Por lo tanto, ninguno puede “asociarse” con la iglesia. Por el contrario, Dios es quien inicia el proceso llevando al creyente al arrepentimiento y al bautismo para remisión de los pecados y dándole la dádiva del Espíritu Santo (Hechos 2:38), mediante el cual la persona es colocada dentro de la iglesia.

Lo que identifica y une al pueblo de Dios es la presencia del Espíritu de Dios (1 Corintios 12:12-13); por lo tanto, la iglesia es un organismo espiritual. La iglesia es descrita en Efesios 2:19-22 como un “templo santo”. Individualmente, cada miembro es también “templo del Espíritu Santo” (1 Corintios 6:19).

Jesucristo es la Cabeza viviente de la iglesia, descrita también con frecuencia como el “cuerpo de Cristo” (1 Corintios 12:27; Efesios 1:22-23; 4:12; Colosenses 1:18). Cuando la Biblia se refiere al Cuerpo de Cristo en su totalidad o sólo a una de sus congregaciones, usa la expresión “la iglesia de Dios”; y cuando se está refiriendo a varias congregaciones, las llama “las iglesias de Dios”.

Jesús ha encomendado a sus discípulos la misión de predicar el evangelio al mundo (Marcos 16:15) y de hacer discípulos en todas las naciones

(Mateo 28:19). Cristo nos llama a salir de los males de este mundo (Juan 17:15-16) y nos aparta por la verdad de la Palabra de Dios (v. 17). Además, nos envía para que vayamos al mundo (v. 18) a predicar el evangelio del Reino de Dios como testimonio (Mateo 24:14).

La predicación de la iglesia, unida al testimonio de las vidas de sus miembros, es un poderoso mensaje de esperanza y luz frente a las tinieblas de este mundo (Filipenses 2:15; Mateo 5:14-16). Los miembros de la Iglesia de Dios son su pueblo (Tito 2:14; 1 Pedro 2:9), transformados mediante la renovación de su entendimiento por medio del poder del santo Espíritu de Dios (Romanos 12:2).

La iglesia también provee un lugar para el compañerismo (Hechos 2:42; 1 Juan 1:7), estímulo (Hebreos 3:13; 10:24) y alimento espiritual (Efesios 5:29; Colosenses 2:19). Dios ha dado dones espirituales a cada miembro, para edificación del cuerpo (Romanos 12:3-8; 1 Corintios 12:4-28; Efesios 4:7-8, 11-16). Estos dones se deben ejercitar con amor (1 Corintios 13:1-3). Cuando los miembros se aman mutuamente, se realza su credibilidad como discípulos de Cristo (Juan 13:34-35).

El nombre bíblico para la iglesia es “la Iglesia de Dios”. El término *iglesia de Dios* aparece 12 veces en el Nuevo Testamento e identifica al organismo espiritual que está compuesto por el pueblo de Dios, el Israel espiritual. En la Escritura se establece claramente el precedente de usar el nombre “la iglesia de Dios” seguido de una frase descriptiva. Lee-mos acerca de “la iglesia de Dios que está en Corinto” (1 Corintios 1:2; 2 Corintios 1:1), “las iglesias de Galacia” (Gálatas 1:2) y la “iglesia en Cencrea” (Romanos 16:1).

Jesús prometió que su iglesia nunca moriría (Mateo 16:18) y que él nunca nos desampararía ni nos dejaría (Hebreos 13:5). Prometió estar con su pueblo “hasta el fin del mundo” (Mateo 28:19-20), dándoles el poder que necesitan para llevar a cabo su misión. Cuando Cristo regrese a la tierra para establecer el Reino de Dios, su iglesia gobernará con él (Apocalipsis 2:26; 3:21; 5:10; Daniel 7:22, 26-27) y sus miembros serán jueces y maestros (1 Corintios 6:1-3).

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar el folleto gratuito *La iglesia que edificó Jesucristo*.)

El diezmo

Creemos en el diezmo como una manera de honrar a Dios con nuestros bienes y como un medio de servirle en la predicación del evangelio, el cuidado de la iglesia, la asistencia a las fiestas y la ayuda a los necesitados (Proverbios 3:9-10; Génesis 14:17-20; 1 Corintios 9:7-14; Números 18:21; Deuteronomio 14:22-29).

La palabra *diezmar* (cuyo significado tanto en hebreo como en griego es “dar o tomar la décima parte de algo”), significa dar una décima parte de “todo el producto” (Deuteronomio 14:22), ya sea de nuestro salario, de la renta de nuestras inversiones o propiedades, o de otras ganancias, con el propósito de respaldar una causa religiosa. La motivación para diezmar es reconocer, en un acto de adoración, que Dios es el Creador y el Dueño de la tierra y todo lo que hay en ella, incluyéndonos a nosotros mismos.

Aunque el diezmo fue escrito o codificado como ley en el pacto que Dios estableció con Israel, históricamente fue practicado por todos aquellos que siguieron fielmente a Dios antes del establecimiento de ese pacto. Después de derrotar a cuatro reyes, Abraham apartó el diezmo del botín de la guerra y se lo entregó a Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo (Génesis 14:18-22). Obviamente, Abraham entendía que el pago del diezmo era la forma apropiada de honrar a Dios con las posesiones físicas. También vemos que Abraham le entregó los diezmos a Melquisedec, un representante del Dios Creador.

Abraham reconoció el principio implícito en el hecho de dar el diezmo a Dios; él es el verdadero “dueño de los cielos y la tierra” quien hizo posible su victoria, así como todas las bendiciones. A lo largo de la Biblia Dios nos recuerda que todas las cosas le pertenecen, y su pueblo así lo reconoce (Éxodo 19:5; Job 41:11; Salmos 24:1; 50:12; Hageo 2:8). Moisés exhortó a Israel: “Acuérdate del Eterno tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas . . .” (Deuteronomio 8:18). El acto de diezmar es,

principalmente, un acto de adoración mediante el cual reconocemos que Dios es el origen de nuestra existencia, bendiciones y protección.

Jacob también siguió el ejemplo de su abuelo Abraham. Cuando Dios le reconfirmó las promesas que le había hecho a Abraham, Jacob le prometió: “. . . de todo lo que me dieres, el diezmo apartaré para tí” (Génesis 28:20-22).

Más tarde, la práctica del diezmo fue incorporada como una ley escrita dentro del pacto con Israel. La tribu de Leví, que no recibió tierras por herencia como las demás tribus (Números 18:23), debía recibir los diezmos del producto agrícola como su salario por el trabajo de servicio eclesiástico que realizaba para la nación. A su vez y de acuerdo con los diezmos que recibían, los levitas apartaban la décima parte y se la entregaban a la familia sacerdotal de Aarón (vv. 26-28).

Con el correr del tiempo se dejó de pagar el diezmo, de manera que Dios corrigió fuertemente a la nación de Judá que había sobrevivido al exilio (Malaquías 3:8-10). Según las palabras de Dios, cuando uno no diezma está robándole a él, y como consecuencia el pueblo estaba bajo maldición. Pero les prometió que si volvían a cumplir obedientemente con el diezmo, derramaría bendición hasta que sobreabundara.

Unos siglos más tarde, Jesús reafirmó claramente la práctica del diezmo. “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. *Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello*” (Mateo 23:23).

En lugar de aprovechar esa oportunidad para abrogar la práctica del diezmo, Jesús confirmó plenamente su deseo de que el diezmo se continuara guardando, al igual que el cumplimiento sincero de otros aspectos “más importantes” de la ley que obviamente ellos no estaban cumpliendo.

En Israel se daban los diezmos y ofrendas a la tribu de Leví para su sustento y su servicio a Dios; asimismo, en el Nuevo Testamento el respaldo financiero de la iglesia permitía que el ministerio pudiera cumplir con su labor. Encontramos ejemplos y principios relacionados con esto en Lucas 10:1, 7-8; 1 Corintios 9:7-14; 2 Corintios 11:7-9; Filipenses 4:14-18 y Hebreos 7.

Cuando analizamos Deuteronomio 14 podemos identificar otros dos propósitos del diezmo: asistir a las fiestas de Dios (Levítico 23; Deuteronomio 14:22-27) y ayudar a los pobres y necesitados (vv. 28-29). Debido

a que creemos que es necesario guardar las fiestas santas y ayudar a los pobres y necesitados, reconocemos la continuidad de esta práctica.

La Iglesia de Dios Unida continúa enseñando que el diezmo es una ley universal y que la obediencia voluntaria a esta ley refleja la naturaleza dadivosa y sin egoísmo de Dios, nuestro Creador y Proveedor.

En cuanto a la administración de esta ley, la iglesia considera que es su deber enseñarles a las personas que deben diezmar, pero cada quien es responsable de decidir si lo hace o no. Diezmar es un asunto personal de fe entre la persona y su Creador. Enseñamos que la persona que esté siguiendo fielmente a Dios debe obedecerlo en esta ley fundamental, pero no le incumbe a la iglesia obligar a nadie a hacerlo. Debido a la enorme complejidad económica del mundo actual, la iglesia continuamente recibe muchas preguntas técnicas acerca del diezmo y nos esforzamos diligentemente en establecer pautas administrativas sabias y prudentes al respecto, de acuerdo con la voluntad y la dirección de Dios.

Cuando diezmamos con la actitud entusiasta y positiva del dador alegre (2 Corintios 9:6-8) honramos a Dios y respaldamos físicamente en la obra que está llevando a cabo: predicar el evangelio al mundo y hacer discípulos en todas las naciones (Mateo 24:14; 28:19-20). Él ha provisto el sistema financiero perfecto para poder hacerse cargo de su obra, proveer los recursos para que las personas puedan asistir a sus fiestas, y ayudar a los pobres y a los necesitados.

Las resurrecciones

Creemos que la única esperanza de vida eterna para los seres humanos está en la resurrección mediante la presencia del Espíritu Santo en ellos. Creemos que al regreso de Jesucristo habrá una resurrección a la vida espiritual de todos los que hayan sido fieles siervos de Dios. Creemos que después de que Jesucristo haya reinado en la tierra 1.000 años, habrá una resurrección a la vida física de la inmensa mayoría de las personas que alguna vez existieron. Creemos que cuando estas personas hayan tenido la oportunidad de vivir físicamente, si se convierten, también

recibirán la vida eterna. También creemos que los que rechacen la salvación ofrecida por Dios cosecharán la muerte eterna (1 Corintios 15:19, 42-52; Hechos 23:6; Juan 5:21-29; Romanos 6:23; 8:10-11; 1 Tesalonicenses 4:16; Ezequiel 37:1-14; Apocalipsis 20:4-5, 11-15; Juan 3:16; Mateo 25:46).

La resurrección de los muertos es una de las doctrinas fundamentales que llevan hacia la perfección y hacia la vida eterna (Hebreos 6:1-2). Si no fuera por la resurrección de los muertos, Cristo no hubiese sido levantado de la muerte y nuestra fe sería vana (1 Corintios 15:12-19). Los humanos somos mortales; no tenemos inmortalidad en nosotros mismos. Más aún, los humanos no somos capaces de alcanzar por nosotros mismos la vida eterna; por eso es necesaria la resurrección.

En 1 Corintios 15 leemos que la resurrección es la esperanza de toda la humanidad. Bíblicamente, este término significa que los muertos serán resucitados de la muerte y volverán a vivir. En las Escrituras se enseña que resucitarán “todos los que están en los sepulcros” (Juan 5:28), pero existe un orden para la resurrección de todos los muertos (1 Corintios 15:23). La Biblia nos revela que algunos serán resucitados para vida eterna y otros serán sentenciados a la muerte eterna (Daniel 12:2-3; Apocalipsis 20:13-15).

Las resurrecciones son posibles porque Dios tiene el poder de dar vida. Dios, por medio del Verbo, quien se convirtió en Jesucristo, dio vida al primer hombre, Adán. Tiene el mismo poder para infundirle vida a un ser humano por segunda vez. Tanto el Padre como el Hijo tienen vida en sí mismos (Juan 5:26). Este poder inherente de Dios puede producir tanto vida física como vida espiritual. Dios tiene el poder para resucitar a un muerto de su tumba como un ser físico o espiritual (1 Corintios 15:35-38). Dios ha demostrado que tiene el poder para resucitar a un muerto a la vida física (Juan 11:43-44; Mateo 27:52-53) o a la vida espiritual (Mateo 28:6-7). Las resurrecciones son posibles también porque Cristo ha sido resucitado (1 Corintios 15:20-22). Su resurrección como el Salvador viviente hizo posible la salvación para todas las personas y, por tanto, su resurrección. Si no fuera por la resurrección de Cristo, toda la humanidad moriría y perecería para siempre (Romanos 5:10; 1 Corintios 15:26, 55).

El plan de salvación que Dios tiene para la humanidad requiere la resurrección de todos los que han muerto (Juan 5:28). El apóstol Juan

describe tres resurrecciones: una a la vida eterna (Apocalipsis 20:4-6), una a la vida física (vv. 11-12), y una a la muerte en el lago de fuego (vv. 13-15 [aunque estos versículos no mencionan explícitamente una resurrección, los impíos incorregibles, que han rechazado el ofrecimiento de salvación de Dios, necesitarán ser resucitados para poder ser lanzados al lago de fuego]). Juan 5:29 es otro versículo que nos ayuda a entender el plan de Dios. En este versículo se mencionan dos resurrecciones, pero la realidad es que la Biblia alude a tres.

La primera resurrección es llamada específicamente así: “. . . y vivieron y reinaron con Cristo mil años . . . Bienaventurado y santo el que tiene parte en *la primera resurrección*; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:4-6). Esta resurrección ocurrirá al regreso de Cristo, cuando los justos que hayan muerto serán resucitados a la inmortalidad (1 Corintios 15:50-52; 1 Tesalonicenses 4:14-17). Esta es llamada “una mejor resurrección” (Hebreos 11:35) porque es una resurrección a la inmortalidad, para reinar con Cristo durante el milenio.

La segunda resurrección ocurrirá al final de los mil años del reinado de Cristo y de los santos. “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5). El versículo 12 nos da más detalles acerca de esta resurrección: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”.

Esta es una resurrección a la vida física (Ezequiel 37:1-14). Incluirá a la inmensa mayoría de todas las personas que han vivido alguna vez, quienes no conocieron el propósito que Dios tenía para sus vidas. Será un tiempo muy emocionante, cuando gente de todas las épocas volverá a la vida (Mateo 11:20-24; 12:41-42). Estas personas tendrán la posibilidad de vivir una vida física por segunda vez, pero esta será su primera y única oportunidad para recibir la salvación y la inmortalidad gloriosa en la familia de Dios. Se les dará el tiempo necesario para que aprendan y vivan el camino de vida de Dios. El plan de Dios incluye a todo el mundo. Él no quiere que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento y a la salvación (2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:4).

La tercera resurrección ocurrirá al final del plan que Dios tiene para la humanidad. Todos aquellos que hayan rechazado el ofrecimiento de la

vida eterna de Dios a lo largo de los siglos, serán resucitados a la vida física para morir en el lago de fuego. “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:14-15; Hebreos 10:26-29; 2 Pedro 3:10-12). Nuestro amoroso Padre les da a todos la oportunidad de tener vida eterna, y no desea que ninguno perezca. Pero si algunos rehúsan aceptarla, el castigo será la segunda muerte, que pondrá fin a sus vidas rápidamente y para siempre (Malaquías 4:1, 3; Mateo 25:46).

Las tres resurrecciones nos revelan el orden del maravilloso plan de Dios y su propósito para la humanidad. Está determinado que el hombre muera una vez (Hebreos 9:27), pero después vendrá la resurrección para todos aquellos que hayan vivido.

(Si desea profundizar en este tema, no vacile en solicitar los folletos gratuitos *¿Qué sucede después de la muerte?, El cielo y el infierno: ¿Qué es lo que enseña realmente la Biblia?* y *Las fiestas santas de Dios: Esperanza segura para la humanidad.*)

El regreso de Jesucristo

Creemos en el regreso personal, visible, premilenario del Señor Jesucristo para gobernar a las naciones en la tierra como Rey de reyes y para continuar en su cargo sacerdotal como Señor de señores. Entonces se sentará en el trono de David. Durante su reinado de mil años en la tierra restaurará todas las cosas y establecerá el Reino de Dios para siempre (Mateo 24:30, 44; Apocalipsis 1:7; 11:15; 19:16; 20:4-6; 1 Tesalonicenses 4:13-16; Juan 14:3; Isaías 9:7; 40:10-12; Hebreos 7:24; Jeremías 23:5; Lucas 1:32-33; Hechos 1:11; 3:21; 15:16; Daniel 7:14, 18, 27).

Jesús declaró: “. . . voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis” (Juan 14:2-3).

El regreso de Jesucristo como Rey de reyes y Señor de señores es una verdad reafirmada frecuentemente en la Biblia. Para el creyente de

las Escrituras, es una realidad que está descrita tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento (Mateo 24:30; Hechos 1:11; Apocalipsis 1:7; 19:16; Isaías 40:10; Daniel 2:44; Miqueas 1:3).

Por lo tanto, creemos plenamente que nuestro Señor Jesucristo regresará de manera personal y visible, antes de su reinado milenar. No regresará en secreto (Mateo 24:30; Apocalipsis 1:7). “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16). Hará guerra contra los reyes de la tierra y los vencerá (Apocalipsis 17:14) para traer la paz.

“Tocad trompeta en Sion, y dad alarma en mi santo monte; tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día del Eterno, porque está cercano” (Joel 2:1). “Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos” (Apocalipsis 19:13-14). Y él dijo: “Convertíos a mí con todo vuestro corazón, con ayuno y lloro y lamento. Rasgad vuestro corazón, y no vuestros vestidos” (Joel 2:12-13). “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar . . . porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:28-30).

Él se sentará en el trono de David su padre (su ancestro) (Lucas 1:32; Isaías 9:7; Jeremías 23:5) para establecer el Reino de Dios en la tierra para siempre (Apocalipsis 11:15). Durante los primeros mil años de su reinado, Cristo dará comienzo a un tiempo de refrigerio, un tiempo de restauración de todas las cosas (Hechos 3:19, 21). Estará acompañado por los santos resucitados en el momento de su retorno. Ellos se convertirán en hijos inmortales de Dios (1 Corintios 15:50-53), ascenderán a las nubes para encontrarse con él en el aire (1 Tesalonicenses 4:17) y se unirán a él para conquistar a todas las naciones rebeldes y establecer el Reino de Dios (Apocalipsis 5:10; 20:6), el maravilloso mundo del mañana (Amós 9:13-14; Isaías 2:2-4; Miqueas 4:1-5).

Jesucristo vino la primera vez para pagar por los pecados de la humanidad, y tal como lo prometió, vendrá por segunda vez (Hebreos 9:28; Hechos 15:16-17; 1 Corintios 15:23). Los reinos de este mundo llegarán a ser “de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15), y “después recibirán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre” (Daniel 7:18) con él.

“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Apocalipsis 22:12). Sí, Jesucristo retornará. ¡El Rey vendrá!

(Si desea profundizar en este tema, no dude en solicitar el folleto gratuito *El evangelio del Reino de Dios*.)

Se pueden solicitar o descargar las publicaciones mencionadas en este folleto, y varias otras, en nuestro portal en Internet:
www.ucg.org/espanol

¡Nuestro mundo necesita escuchar *buenas* noticias!

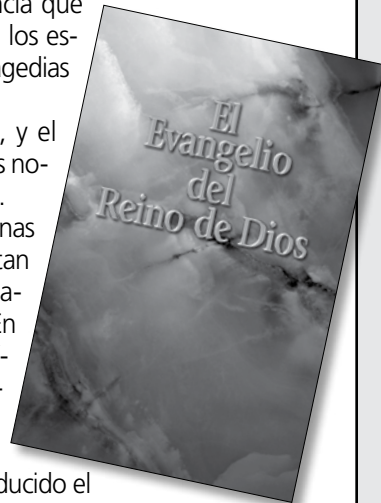
Los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras que causan tanta aflicción, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, el crimen, la pobreza absoluta que va apoderándose de ciertas naciones, y el crimen y la violencia que continúan incrementándose a pesar de los esfuerzos para reducirlos. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que proclamó fueron las buenas noticias —el evangelio— del Reino de Dios.

¿En qué consisten realmente estas buenas noticias que Jesús anunció? ¿Acaso son tan sólo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, muerte y resurrección? En verdad, todo esto forma parte del increíble plan que Dios tiene para la humanidad, pero el verdadero evangelio abarca más, mucho más.

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la persona de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del mensaje que proclamó. Lo que Jesús anunció es realmente asombroso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

En el folleto *El evangelio del Reino de Dios* se explica detalladamente, con base en las Escrituras, el significado del mensaje que Jesús predicó. Si usted desea recibir esta importante publicación, tendremos mucho gusto en enviársela *gratuitamente* y *sin compromiso alguno* de su parte. Puede solicitarla a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto, o puede descargarla de nuestro portal en Internet: www.ucg.org/espanol □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas

Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Direcciones

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 246001
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10386
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.cl
Correo electrónico: unidachile@unidachile.cl

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol
Correo electrónico: info@ucg.org

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Sitio en Internet: www.unidamexico.mx